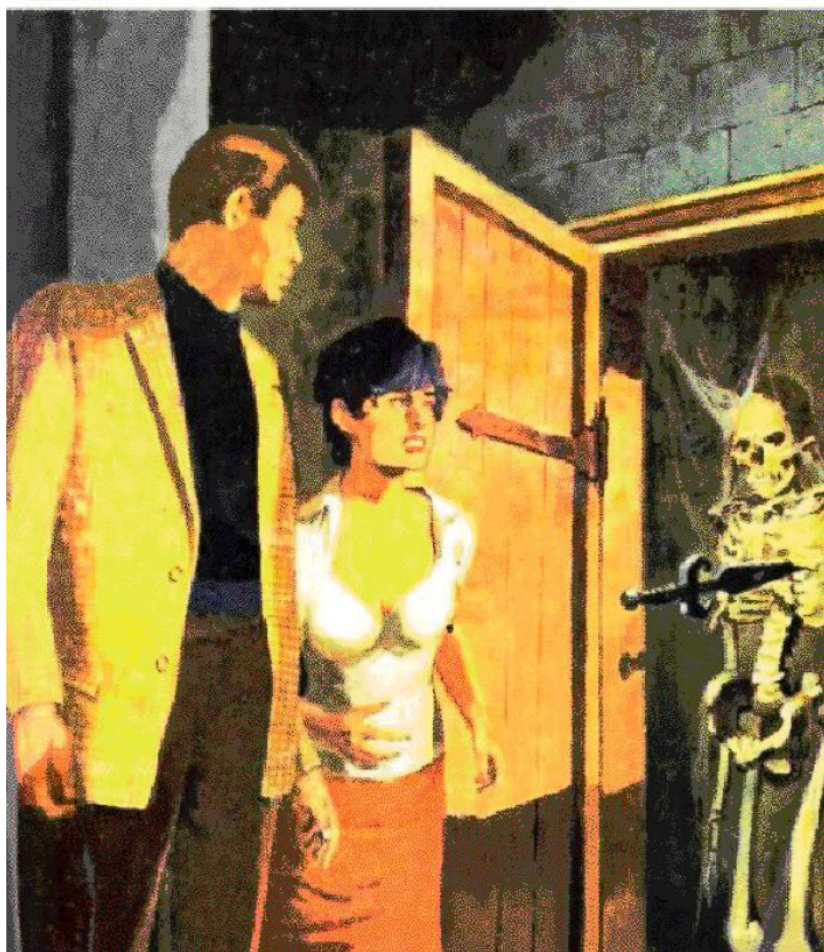




festin para ratas hambrientas

CLARK CARRADOS



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



CLARK CARRADOS

FESTIN PARA RATAS HAMBRIENTAS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 778
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 169 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1977

© Clark Carrados - 1977
texto

© Enrique Martín - 1977
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.525. — El muerto paga

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.386. — El negro manto de la muerte

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.058. — Sed de odio, sed de sangre

En Colección CALIFORNIA:

812. — Abogado de revólver

En Colección KANSAS:

978. — El jinete de fuego

En Colección BRAVO OESTE:

526. — Clave para el asesino

En Colección SALVAJE TEXAS:

818. — El fin de la cuenta

En Colección ASES DEL OESTE:

635. — Las siete chicas de oro

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138. — Contratados para morir

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66. — Destinos ardientes

En Colección PUNTO ROJO:

772. — Asalto a la ley

Esa Colección COLORADO:

1.009. — El paso del Hombre Muerto

CAPÍTULO PRIMERO

Los ojos de Cindy Potter brillaban de un modo especial cuando divisaron el conocido rostro de Clifford Talbot. Bajo la llovizna que brillantaba el asfalto londinense en aquella húmeda tarde de otoño, el encuentro se produjo de una manera completamente inesperada.

—¡Cliff, querido! —exclamó Cindy—. Hacía un siglo que no te veía. ¿Dónde te has metido en todo este tiempo?

Talbot respingó primero. Luego tomó la enguantada mano que se le ofrecía. Bajo la protección del paraguas de fina seda y vivos colores, el rostro de Cindy le pareció tan atractivo como de costumbre.

—Cariño, tú y yo no somos tan viejos, aunque confieso que me gustaría vivir ese siglo que has mencionado —contestó—. Pero he estado de viaje...

—Siempre a vueltas con tus aventuras, ¿eh? ¿Cuándo aprenderás a sentar la cabeza?

—Una vez lo probé y me encontraba muy incómodo. La cabeza en el asiento de la silla y los pies por alto...

Cindy se echó a reír. Era una hermosa pelirroja, ya no una jovencita, pero todavía lejos de los treinta años. Talbot desconocía su edad exacta, aunque le calculaba unos veintisiete.

De pronto, ella exclamó:

—Cliff, ¿tienes algún compromiso?

—Oh, no, ninguno. He estado conversando con mi editor y ahora volvía a casa...

—¿Por qué no vienes a la mía? —Los ojos verdosos de Cindy brillaron de nuevo—. Tengo una magnífica noticia que comunicarte.

—Te casas —dijo él.

—Oh, qué tonto eres... Se trata de otra cosa, pero, ven, te lo

ruego. Si quieres que te diga la verdad, estaba pensando en llamarte por teléfono. No sabes cuánto me alegro de haberte encontrado, cariño.

Con toda desenvoltura, Cindy se colgó del brazo de Talbot y ambos echaron a andar. El, galante, tomó el paraguas. Años atrás había existido un apasionado romance entre los dos, pero, a veces, Talbot creía que había ocurrido un siglo antes.

Se habían separado. No era que Cindy no le gustase, pero la encontraba un poco voluble, inconsciente; demasiado coqueta y, aunque él no era celoso, algunas de sus actitudes no le agradaban. A pesar de que habían llegado a estimarse profundamente, Talbot tenía la impresión de que Cindy se había aburrido con él, al menos parcialmente, por lo que había ido prolongando los intervalos entre encuentro y encuentro, hasta que se vio obligado a hacer un viaje que duró algunos meses. A su vuelta, no intentó llamar a Cindy. Ella, por su parte, tampoco dio señales de vida.

Hacía ya tres años de ello. Podía decir que había olvidado a Cindy, pero, de repente, cuando menos se lo esperaba, la encontraba en lo más céntrico de Londres, no muy lejos de Piccadilly Circus.

Media hora más tarde, Cindy abría la puerta de un departamento que Talbot conocía muy bien. El ambiente era sumamente agradable; fuera, en la calle, hacía ya demasiado frío.

Cindy se quitó el impermeable amarillo que llevaba y lo arrojó descuidadamente a un lado, lo mismo que el paraguas. Talbot vio que llevaba puesto un traje de lanilla marrón rojizo, de falda un tanto corta y muy pegado a su cuerpo de formas opulentas. Mientras de despojaba de su trinchera, ella se ahuecó el pelo.

—Ya conoces la casa —dijo, mirándole maliciosamente—. Voy a retocarme un poco.

Ten preparado algo de beber para cuando regrese.

—Cindy, si mi memoria no me falla, hablaste de una magnífica noticia...

—Un poco de paciencia, cariño.

Talbot quedó solo en la estancia. La calefacción era por aire caliente. Había una chimenea, pero era de adorno. A Talbot le hubiera gustado ver los troncos ardiendo, pero en aquella casa era soñar.

Al menos, el sofá era grande, cómodo y mullido. Era el mismo, con otro tapizado. Cindy debía haberlo renovado hacía poco.

Ella volvió minutos más tarde. Se había quitado la ropa de calle, incluidas las botas altas, y ahora llevaba puesto un espectacular salto de cama, de color azul muy fuerte. A Cindy le gustaba aquella indumentaria. Talbot lo sabía muy bien.

Cindy se sentó a su lado y tocó con su vaso el de Talbot. El invitado se preguntó qué sería aquel enorme sobre que ella traía en la mano y que había dejado en el otro extremo del diván.

La bata estaba abierta. Talbot lanzó una mirada al atractivo paisaje de piel blanca, cálida y perfumada. Ella le dirigió una mirada incitante.

—No tengas prisa, querido —rió—. La noticia es... Agárrate, vas a caerte de espaldas, Cliff. Soy rica, enormemente rica, quizá millonaria.

Talbot se quedó con la boca abierta. A pesar de su carácter un tanto inconsciente, en otros aspectos, lo sabía muy bien, Cindy tenía los pies firmemente asentados en la tierra.

—Eres... rica...

Ella tomó un sorbo y dejó el vaso alto sobre la mesita.

—Una herencia. Yo no lo sabía, pero resulta que tenía un pariente lejano, primo segundo de mi madre. Soy la única pariente viva y el abogado que me buscó y consiguió encontrarme después de varios años de paciente búsqueda, me hizo entrega de toda la documentación. El testamento, lo he leído, no ofrece la menor duda. Mi tío Silas me dejó acciones, dinero en un par de cuentas corrientes, una granja enorme en Yorkshire y una mansión en Suffolk, no lejos de Ipswich. La casa se llama Grofferty Manor y, además del parque que la rodea, tiene muebles caros, de época, y una hermosa colección de cuadros de buenas firmas. He oído hablar de Turner, Gainsborough, un Degas, dos Manet... Dios mío, ¿te imaginas la cantidad de dinero que valen esas pinturas?

Talbot creía soñar. ¿O era Cindy la que soñaba? Pero, por la forma en que lo decía, parecía estar absolutamente convencida de la veracidad de una herencia que, si era cierta, resultaba de fábula.

—Espera un momento —dijo ella con vehemencia—. Vas a ver que no te engaño.

Cindy alargó la mano y atrajo el sobre, del que sacó una

colección de fotografías de tamaño doble de una postal. Las tomas habían sido hechas en color.

Atónito, Talbot contempló la fachada de la mansión y luego distintas vistas de su interior: un majestuoso vestíbulo, con una gran escalinata que conducía al piso superior; un gran comedor, con dos enormes arañas pendientes del techo, un espacioso salón, con biblioteca... También pudo ver una fotografía de una de las paredes, con varios cuadros colgados. Las telas estaban rodeadas por valiosos marcos y, a juzgar por los temas, no se podía dudar de las afirmaciones de la joven.

—¿Qué te parece? —preguntó ella.

—Un cuento de hadas, que se ha hecho realidad —contestó Talbot.

Cindy rió y palmoteo alborozadamente. Luego le echó los brazos al cuello y le besó con fuerza.

—Me siento como entre nubes —confesó—. No es que el dinero me enloquezca, pero, vaya, tampoco es cosa de despreciarlo, me parece a mí.

—Indudablemente. Cindy, té felicito. Ahora, dame otro trago, siento que lo estoy necesitando.

—Los dos lo necesitamos —dijo ella riendo.

Después de tomar unos sorbos, Talbot hizo una pregunta:

—Cindy, bien, ya eres una joven adinerada. ¿Qué proyectos tienes para el futuro?

Ella le miró intensamente.

—Cariño, no soy tonta y sé que, a partir de ahora, voy a tener los pretendientes como moscas. No me han faltado nunca, porque sé que estoy bastante bien y tengo mucho que admirar, pero la cosa será distinta a partir de este momento. Los que me pretendan querrán algo más que una hermosa mujer.

—Tú hablas de cazadotes en potencia.

—Exactamente. Pero puedo eliminarlos a todos fácilmente.

—¿Cómo, Cindy?

Ella se inclinó hacia su visitante.

—Tú puedes ayudarme mucho —dijo con voz de tonos que Talbot conocía muy bien.

—¿Ayudarte, yo?

—Sí. ¿No te lo imaginas?

«Está proponiéndome que me case con ella», pensó Talbot.

Cindy era muy hermosa y apasionada, él lo sabía muy bien. Pero al cabo de un tiempo, ¿no se vería en una situación análoga a la que se había producido tiempo atrás?

Claro que entonces Cindy tenía algunos años menos. Quizá aquel espacio de tiempo la había hecho madurar. Y, en cierto modo, ella había tenido siempre cierta inseguridad emocional; un apenas perceptible complejo de inferioridad, que la hacía buscar refugio en alguien más fuerte psíquicamente.

«¿Quién sabe? Quizá resulte», pensó.

Los brazos de Cindy, cálidos, de piel tersa y suave, emergieron de los encajes y se enroscaron como serpientes llenas de vida en torno al cuello de Talbot. Aquellas serpientes, sin embargo, no propinaban letales mordeduras.

Ella tenía los labios entreabiertos y respiraba irregular y rápidamente. El brillo de sus ojos resultaba inequívoco.

—No quiero cazadotes —susurró—. Tal vez, años atrás, no supe ver la realidad.

Aunque sólo hay un hombre en mi vida, Clifford Talbot. ¿Sabes quién es?

Talbot pasó sus brazos en torno a la cintura de la joven. No quería pensar en el futuro. El presente era lo que importaba. Oyó un leve gemido de alegría y luego sintió en sus labios el ardoroso contacto de los de Cindy, que le hacía ofrenda de su amor más ardiente.

Dormía profundamente, boca abajo, con la cabeza cubierta por la almohada, cuando, de pronto, sintió una fuerte palmada en las posaderas.

—¡Cindy! —exclamó.

Ella lanzó una alegre carcajada.

—¿Sabes qué hora es, cariño? ¡Las diez, y yo me marchó!

Talbot se sentó de golpe en la cama. Cindy, frente a él, estaba ya vestida, con el impermeable puesto y el paraguas, y el bolso aprestados.

—¿Adónde, si se puede saber?

—Estoy aguardando a mi chófer. ¿No te lo dije anoche? Bueno, quizá se me olvidó. En el testamento figura la condición inexcusable de que he de mantener la servidumbre de Grofferty Manor. Ya

sabes: mayordomo, chófer-jardinero, cocinera y, por lo menos, una doncella. ¿Qué te parece?

—Voy de sorpresa en sorpresa —contestó él, mientras se pasaba los dedos por el pelo alborotado—. De modo que te marchas...

—Sí, el abogado me ha llamado hace un rato y dijo que el chófer ya está en camino con el «Rolls». Quiere que vea hoy mismo Grofferty Manor, para conocer a la servidumbre y hacerme entrega de las llaves. Ah, parece ser que tío Silas tenía derecho a un título. El señor Mowerton dice que quizá me convenga reclamarlo. ¿Te imaginas? *Lady Cindy Potter*...

Ella exhaló una argentina carcajada.

—No te puedes imaginar la cara de tonto que tienes —añadió—. Bien, ¿no me dices nada?

—¿Acaso sugieres que te acompañe? Cindy, hoy tengo una entrevista muy importante; no puedo aplazarla, cariño.

La joven pareció sentirse decepcionada. Luego, sonriendo, contestó:

—Bien, en todo caso, nos veremos a la noche. Ah, a mediodía vendrá la señora Slipher; es mi asistenta. Deja la llave al conserje, pero te espero aquí antes de las ocho, ¿entendido?

—Sí, claro...

En la puerta sonó una campanilla.

—Ah, ya está aquí mi chófer. —Cindy se inclinó, le besó y le miró con ojos muy ardientes—. Cariño, tú sí me quieres por mí misma y no por mi dinero.

Cindy echó a correr. Desde el dormitorio, Talbot oyó una voz de hombre:

—¿*Miss Potter*?

—Sí.

—Soy Jenkins, su chófer. El coche está en la puerta, señorita.

—Muy bien, Jenkins. ¡En marcha!

Talbot no estaba seguro todavía de que lo que le ocurría no fuese un sueño. Pero cuando saltó de la cama y se asomó a la ventana, pudo darse cuenta de que estaba completamente despierto. Cindy vivía en un segundo piso y, a través de los vidrios, pudo ver al chófer uniformado que mantenía respetuosamente abierta la portezuela del «Rolls».

Cindy entró en el coche. Jenkins se sentó tras el volante y el

coche arrancó.

Talbot volvió a las siete y media de la tarde. Esperó hasta pasadas las diez de la noche. En vista de que Cindy no regresaba, le dejó una nota sobre la mesita de la sala. «Ya me llamarás», pensó.

Cindy no le llamó al día siguiente, ni en las dos semanas siguientes. Talbot se desengañó. Lo que ella le había dicho tanto en los momentos más apasionados como en otros en que había serenidad entre ambos, no eran sino palabras, palabras...

Siempre había sido así. Pensar que hubiera podido cambiar, era locura. Cindy se había visto repentinamente sumergida en una especie de océano de riqueza y todos sus propósitos se habían esfumado como la neblina matutina al influjo de los primeros rayos del sol.

Sentíase decepcionado, pero, en el fondo, aliviado. No estaba seguro de que su unión con Cindy hubiera dado buen resultado. Los hechos acababan de darle la razón.

Varios meses más tarde, una encantadora joven, que se presentó con el nombre de Pamela Christopher, fue a visitarle a su apartamento y le expresó sus sospechas de que Cindy hubiera sido asesinada.

CAPÍTULO II

Talbot parpadeó al escuchar las palabras de su visitante. Pamela Christopher era una muchacha de unos veinticuatro años, de buena estatura, delgada, pero con las curvas suficientes para que se advirtiese era una mujer de una pieza. El pelo, negro, muy corto, parecía el de un muchacho. Su indumentaria era discreta, pero muy elegante, apreció Talbot después de la primera ojeada a su bella visitante.

—¿En qué se basa usted para sospechar que Cindy ha podido ser asesinada? —preguntó.

—Hace seis meses largos que no la he visto. Cindy no dejó pasar nunca tanto tiempo sin llamarme por teléfono.

—¿Por qué?

—Verá, ella y yo tenemos a medias un negocio. Cindy puso la mayor parte del dinero necesario para montarlo; yo soy la que atiende al público, llevo las cuentas, me entiendo con los abogados... A veces, sin embargo, ella venía a echarme una mano, a pesar de que tenemos dependientas. Es una tienda de ropa para jóvenes y el negocio, francamente, marcha muy bien.

—Cindy es una mujer capaz de dejar pasmado a cualquiera —dijo Talbot—. No tenía idea siquiera de que fuese una mujer de negocios.

—Bueno, ella sólo invirtió cierta suma... El socio capitalista, vamos. Tuvo fe en mí y, modestia aparte, acertó. Pero, insisto, jamás dejó pasar seis meses sin llamar por teléfono o venir por la tienda.

—Si lo que dice es cierto en tal caso, efectivamente, resulta muy extraño. ¿No ha tenido tampoco una carta, una postal? Pudo haberse marchado de viaje...

—No, yo lo sabría. El año pasado fue un mes a Mallorca y me lo dijo con el tiempo suficiente. Hace dos años estuvo en Italia... Podía

pasar una, dos o tres semanas sin dar señales de vida, pero jamás seis meses.

—Es preocupante, en efecto. Pero, dígame, señorita Christopher, ¿cómo se le ha ocurrido venir a verme a mí? Si sospecha que a Cindy ha podido sucederle algo malo, su deber era acudir a la policía, me parece a mí.

—Verá, ella me habló de usted. Con mucho entusiasmo, créame. Le estimaba muy sinceramente. Incluso me dio la impresión de que iban a casarse.

Talbot hizo un gesto ambiguo.

—No había nada concreto aún —respondió.

—Pero entre usted y ella había una gran amistad, ¿no es cierto?

—Debo admitirlo —sonrió él.

—En tal caso, creo que debiera ayudarme. Por lo menos, aconsejarme acerca de lo que conviene hacer.

Talbot meditó unos instantes.

—Señorita Christopher...

—Pam, por favor... —rogó ella—. Pamela resulta demasiado largo.

—Está bien, Pam. Dígame, ¿cuándo vio a Cindy por última vez? ¿Recuerda la fecha?

Ella se concentró unos segundos.

—Fue... a finales de setiembre del año pasado. Sí, el veintisiete o el veintiocho, no recuerdo exactamente —dijo al cabo.

—Cindy y yo estuvimos juntos el veintiocho. Al día siguiente se marchó con su chófer.

¿Le había hablado ella algo de su herencia?

Pamela abrió unos ojos como platos.

—¡No! —exclamó—. ¿Qué herencia?

—Cindy se había convertido en una mujer riquísima.

Talbot habló durante unos minutos. Al terminar, Pamela confesó que se sentía pasmada.

—Ella no me habló jamás de su tío Silas —añadió—. Pero, por lo visto, es cierto.

—Pam, yo mismo vi fotografías de Grofferty Manor y vi también, al día siguiente, cómo Cindy embarcaba en su «Rolls». El chófer, uniformado, mantenía abierta la portezuela. Quedamos en vernos aquella misma noche, pero usted me ha traído las primeras

noticias de ella.

—Es fantástico —exclamó la muchacha—. ¿Cómo no me dijo nunca nada de la herencia?

—Bueno, quizá ustedes se vieron el día veintisiete y yo me la encontré el veintiocho. Pudo suceder que ese mismo día se enterase de su buena fortuna... No sé, pero me parece tener la impresión de que acababa de saberlo. Se encontró conmigo y, si al día siguiente fue al Manor, usted tenía que enterarse a la fuerza algo más tarde.

—Pero no ha sido así, porque no he vuelto a verla.

Talbot meditó unos instantes. ¿Adónde habían llevado su inconsciencia y volubilidad a Cindy?, se preguntó.

—Pam, ¿tiene usted un poco de tiempo libre? —inquirió.

—Desde luego. Una de las dependientas es muy hábil y competente. Me descarga mucho trabajo. Puedo confiar plenamente en ella.

—Está bien. Primero vamos a empezar por la casa de Cindy. ¿Estuvo en ella alguna vez?

—Sí, aunque no en demasiadas ocasiones.

—Vamos allá.

Una hora más tarde, el conserje les entregaba la llave del departamento de Cindy.

—No he tenido noticias de ella desde que vino a buscarla el chófer —declaró el hombre.

—¿Ni siquiera ha cancelado el alquiler de su piso? —preguntó Talbot.

—Hacía poco más de cuatro semanas que lo había pagado por un año entero. Todavía tiene derecho a ocuparlo, señor.

—Sí, claro. Vamos, Pam.

Talbot y la muchacha subieron por la escalinata al segundo piso. Talbot abrió la puerta.

El departamento estaba en perfecto orden, como si su dueña fuese a volver de un momento a otro. De pronto, Talbot divisó algo sobre la mesita de la sala.

—Han pasado seis meses y el sobre está allí... —murmuró.

—Un sobre —murmuró Pamela—. Ahora recuerdo que ella me entregó uno para que lo guardase en la caja fuerte de mi tienda. Fue hace ocho meses, aproximadamente. Dijo que eran documentos muy importantes, pero no me dio más detalles.

—Si le ha sucedido algo malo, abriremos ese sobre. Mientras tanto, contemple esto, Pam.

Absorta, llena de asombro, Pamela examinó las fotografías de Grofferty Manor. Al terminar, se volvió hacia su acompañante.

—Debió de sentirse como la Cenicienta, ¿no le parece?

Talbot tenía el testamento en la mano. En el ángulo superior izquierdo aparecía el membrete con el nombre del abogado y sus señas.

—Si lo que dicen estos papeles es cierto, aparte del valor de las propiedades, Cindy heredó, libres de impuestos, unas setecientas mil libras esterlinas.

Pamela silbó.

—Se ha vuelto loca. Sin duda, agarró un buen paquete de dinero y se marchó por ahí a disfrutar de la vida...

—Me prometió volver aquella misma noche —dijo Talbot, pensativamente—. Siempre fue algo voluble y yo, después, he pensado que no había cambiado en nada. Pero entonces me daba la sensación de haberse vuelto más serena, mesurada... Aun sin decirlo con toda claridad, manifestó que quería casarse conmigo, porque así evitaría a los cazadotes.

De repente, Pamela lanzó una exclamación:

—¡Está muerta, lo presiento!

Talbot se sobresaltó.

—¿Qué te hace pensar tal cosa, muchacha?

—Escuche, por mi profesión, me conviene estar al día. Leo muchas revistas sociales y también cierta clase de noticias en los periódicos. Señor Talbot, si Cindy hubiese heredado semejante fortuna, ¿no cree que la noticia se habría divulgado ampliamente? Sé de casos similares parecidos, aunque quizá no tan espectaculares, y la noticia se hizo pública casi inmediatamente. Yo lo sabría, se lo aseguro.

Aquellas palabras hicieron reflexionar profundamente a Talbot.

—Puede que tenga razón —convino—. Aguarde un momento, por favor.

El teléfono funcionaba, lo cual significaba que Cindy tenía una cuenta en un banco, de la que se descontaba el importe de la factura. Con el testamento en la mano, marcó un número y esperó.

Momentos después, oyó la voz impersonal de una secretaria:

—Despacho de Hancock, Hancock e Hijo. ¿En qué podemos servirle?

—Perdón, señorita; yo desearía hablar con el abogado Mowerton...

—Lo siento, señor; el abogado Mowerton cerró su bufete hace casi seis meses. Ahora, la firma Hancock se ha establecido...

Talbot colgó el teléfono lentamente. Pamela le miraba con gran atención.

—Pam —dijo el joven—, empiezo a creer que sus sospechas son ciertas.

—Dios mío —murmuró ella—. Pero ¿cómo ha podido...?

Talbot consultó su reloj.

—Son las once y media de la mañana. Hasta Ipswich hay ciento trece kilómetros. Aquí, en el testamento, se detalla la situación del Manor. Quizá la servidumbre sepa algo. Podríamos usar el teléfono, pero prefiero indagar personalmente. ¿Se atreve a venir conmigo?

Pamela se acercó al teléfono.

—Llamaré a la tienda, para avisarles que estaré fuera todo el día —contestó.

Talbot guardó el testamento y las fotografías en el sobre. En otro momento, pensó, sería cosa de volver al departamento, para practicar un registro a fondo.

Mientras bajaba a la calle, con la muchacha, pensó en las últimas y maravillosas horas pasadas junto a Cindy. Presentía que estaba muerta, pero le parecía algo imposible. Sí, había sido algo inconsciente, voluble... pero también una mujer maravillosamente apasionada, tiernamente enamorada. Cualesquiera que hubieran sido sus defectos, no se merecía una muerte violenta, resumió así sus amargas reflexiones.

Cuando el coche se detuvo frente a la verja de entrada, Pamela lanzó una exclamación de asombro.

—¿Éste es el Manor tan lujoso?

Talbot se apeó del coche tan desconcertado como su hermosa acompañante. Los hierros de la verja habían perdido su pintura protectora y estaban completamente oxidados. El jardín, en terrazas escalonadas, que acababan en el caserón que se divisaba al fondo, aparecía descuidado, con hierbas creciendo salvajemente por todas partes. Las hojas muertas cubrían el suelo. Salvo unos cuantos

abetos, todos los demás árboles tenían las ramas desnudas.

Los surtidores, grandes fuentes en forma de taza, rematados por grupos escultóricos, permanecían secos. No había agua en los estanques de la base, sino la procedente de la lluvia. El lugar, en fin, ofrecía un aspecto deprimente, casi siniestro.

Talbot empujó una de las hojas de la puerta. Las bisagras chirriaron estridentemente.

—Hace años que aquí no vive nadie —dijo.

Pamela le siguió a través de los senderos cubiertos de hojarasca y ramitas muertas. Había un camino circular, para los coches, pero era igualmente evidente que no se había usado en muchísimo tiempo.

—Ella habló de la servidumbre: mayordomo, chofer-jardinero, cocinera, una doncella, por lo menos...

El ambiente olía a moho y hojas muertas. Al fin, llegaron a la puerta principal, situada bajo una terraza, sustentada por sencillas columnas de granitos, con fustes cilíndricos y capiteles de estilo jónico. La puerta estaba cerrada y la madera daba la sensación de hallarse carcomida.

Talbot no se molestó siquiera en llamar. Asió el pomo y empujó.

Una hoja de la puerta se desplomó entonces con gran estrépito. Pamela, asustada, lanzó un agudo grito.

El joven apretó los labios. ¿De qué diabólico engaño había sido víctima Cindy?, se preguntó.

A pesar de que faltaban algunos cristales en las ventanas y aunque los sanos estaban cubiertos de polvo, había la suficiente luz para ver el interior del gran vestíbulo. Talbot, presa de un enorme desconcierto, sacó las fotografías del sobre.

—Mire, Pam —dijo—. Este vestíbulo no se parece en, nada al de la fotografía.

Las diferencias resultaban patentes. En las paredes, donde podía verse el papel de la decoración cayéndose en jirones, no se veía ni un solo cuadro. Había algunas sillas, con el mullido roto o podrido. Dos de ellas, quebradas sus patas por la carcoma, yacían en un suelo cubierto de polvo.

—¡Dios mío! —murmuró Pamela—. ¿A qué antro vino a parar esa pobre chica?

—La engañaron, ya no cabe la menor duda. Mowerton, el

supuesto abogado, ha desaparecido. Incluso la casa es distinta exteriormente de lo que a ella le enseñaron.

—Sí —convino ella, que había visto las fotografías más de una vez durante el viaje—. Pero ¿por qué ese engaño?

—Pam, ¿no le parece que esto pueda tener alguna relación con el sobre que ella le entregó hace algún tiempo?

—Quizá. ¿Qué hacemos ahora, Cliff?

—Registremos la casa —contestó él.

Había muy pocos muebles y todos en un estado deplorable. Las paredes, con grandes manchas de humedad, allí donde faltaba el papel o los paneles de madera, estaban desnudas. Talbot probó un par de veces los interruptores de la luz. No había corriente.

Subieron al primer piso. Los peldaños de la escalera, adosada a la pared, en lugar de hallarse situada en el centro, como en la fotografía, crujían alarmantemente. Talbot abrió la primera puerta.

Sonó un ligero chillido. Una rata huyó precipitadamente. Pamela contuvo un grito.

La pieza era un dormitorio, pero no había muebles de ninguna clase. Talbot pasó a la siguiente estancia.

—Aquí, al menos, hay un armario —dijo.

Cruzó el umbral. El armario era muy grande y ocupaba todo un lienzo de pared. Talbot observó una vez más el orín en los herrajes y la carcoma que devoraba la madera. Alargó una mano y asió un tirador.

Abrió. Pamela estaba tras él y lanzó un agudísimo chillido.

Talbot sintió un escalofrío al contemplar el esqueleto, situado en pie, dentro del armario, sostenido por la espada que atravesaba las costillas y se hincaba en la pared opuesta.

Dos ratas huyeron a través del agujero, chillando agudamente en señal de protesta. En el suelo había unos rastros de ropa, jirones que habían perdido incluso el color original. Talbot divisó también Los herrajes de un bolso de mano y algunos objetos de tocador.

En torno a los huesos de la muñeca izquierda brillaba el metal de un reloj de oro. Alrededor de las vértebras del cuello, se divisaba una cadenita, de la que pendía un medallón, también de oro, de forma ovalada, sin apenas dibujos.

—Cliff —dijo Pamela, con voz estrangulada por la emoción—, es ella... Reconozco perfectamente el medallón; se lo había visto

demasiadas veces como para engañarme.

Talbot alargó la mano y tomó el medallón con dos dedos. Al otro lado, grabadas a buril, había dos iniciales que conocía muy bien: C. P.

Ya no había la menor duda: el esqueleto que tenían frente a sí, era cuanto quedaba de la hermosa, voluble y desgraciada Cindy Potter.

CAPÍTULO III

El inspector-jefe Brownell, de la policía de Ipswich, cerró su libreta de notas.

—Ha sido usted muy amable, señor Talbot —dijo—. He tomado nota de su teléfono y dirección de Londres, así como la de la señorita Christopher. Si averiguamos más datos, nos pondremos en contacto con ustedes.

—Gracias, inspector. Cindy era muy amiga de los dos. No sabemos qué ha podido ocurrir, pero nos gustaría ocuparnos de los funerales, cuando el forense de permiso para la inhumación.

Se volvió hacia la muchacha, que estaba sentada a su lado.

—¿Le parece bien, Pam? —consultó.

—Desde luego —accedió Pamela—. Yo apreciaba muchísimo a Cindy y aún no puedo creer que esté muerta. Todavía menos se me alcanzan los motivos por los cuales pudo ser asesinada...

—Lo averiguaremos y capturaremos a los culpables —prometió Brownell—. Mientras tanto, señor Talbot, habrá de permitirme que nos quedemos con el sobre del testamento y las fotografías. Se lo devolveremos apenas hayamos obtenido las copias necesarias. Al Yard le gustará también tener una copia de todo. A fin de cuentas, la ausencia del abogado Mowerton, después de lo sucedido, resulta más que sospechosa.

—Indudablemente —convino el joven—. Lo último que recuerdo de ella es que se sentía enormemente dichosa. Había heredado una gran fortuna y... y... Bueno, no sé qué más decir, inspector.

—Iba a ser su esposa —dijo Brownell con simpatía.

—Aún no habíamos concretado nada al respecto. Sin embargo, había grandes posibilidades... En todo caso, yo la apreciaba muchísimo...

—Estaba asociada conmigo en el negocio. No sé qué haré ahora —terció Pamela—. Tendré que buscar a sus herederos, claro, pero el

caso es que Cindy no me habló nunca de su familia.

—La noticia se divulgará, indudablemente —manifestó el policía—. Alguien se pondrá en contacto con usted, señorita Christopher. Si es así, no deje de comunicármelo.

—Desde luego, inspector.

Talbot alzó una mano.

—Hay algo que me llama la atención extraordinariamente —dijo—. Señor Brownell, ¿sabe usted a quién pertenece esta mansión?

—Verá, Grofferty Manor cae fuera de los límites de mi jurisdicción. Si estamos aquí, es a requerimiento de la policía de Wesley, el pueblo que han cruzado ustedes para llegar hasta aquí. El agente local nos llamó y aún no he tenido tiempo de hablar sobre el particular. Váyanse; tendrán más detalles a su debido tiempo.

—De acuerdo, inspector. No olvide que nosotros nos hacemos cargo de todos los gastos de sepultura y demás.

—Está bien, señor Talbot.

Hacía rato que se había hecho de noche. Una furgoneta se paró delante del caserón.

Dos hombres sacaron de la parte posterior del vehículo una caja de forma alargada.

Talbot se estremeció. En aquella caja iban a ser depositados los restos de Cindy.

De pronto recordó algo.

—¿Inspector?

—Dígame, señor Talbot.

—Los objetos personales de la difunta... El medallón y el reloj, me refiero. Los hemos identificado positivamente, pero ¿han de quedárselos ustedes?

—Se necesitan para la encuesta preliminar que se celebrará dentro de muy pocos días.

No creo que después haya inconveniente para que se los entreguen a ustedes.

—Gracias. Adiós inspector.

Pamela se dio cuenta de que Talbot estaba muy alterado. Era indudable que la muerte de Cindy había causado en su ánimo más impacto del que se apreciaba a simple vista. —Cliff, si no te importa, conduciré yo— dijo.

—Gracias, Pam.

El coche arrancó a los pocos instantes. Talbot reclinó la cabeza en el respaldo. Cerró los ojos.

—Sólo han transcurrido seis meses —murmuró.

Lloviznaba ligeramente. Las raquetas del limpiavidrios se movían con ritmo isócrono.

Medio año, pensó Talbot. Sólo seis meses antes, Cindy era una joven estallante de vitalidad, apasionada, ávida de vivir...

—Y ahora sólo un esqueleto —dijo a media voz.

—Terrible —musitó Pamela.

—Sí. Pam, usted conocía también a Cindy, pero los dos casos, el suyo y el mío, son distintos. Yo la amé, ella fue una llama en mis brazos... Si hubiéramos llegado a casarnos, envejecido juntos y ella hubiese muerto a una edad avanzada, yo lo habría sentido enormemente, por supuesto, pero habría sabido resignarme, qué duda cabe. Ahora es tan distinto... En sólo medio año, aquel cuerpo tan maravilloso ya no es más que un montón de huesos... Morir de aquella manera tan espantosa, clavada a la pared del armario, tal vez viviendo largo rato en una agonía indescriptible, acaso, en los últimos instantes sintiendo ya las mordeduras de las ratas hambrientas... ¿No le parece que debió de ser algo horripilante?

Pamela asintió. También ella tenía ante los ojos el espantoso cuadro del esqueleto clavado por la espalda.

Debía animar al joven, pensó.

—Quizá murió instantáneamente —dijo—. Por la posición de la espada, diríase que la muerte no tardó demasiado en sobrevenir, de lo que, en cierto modo, debemos alegrarnos, ¿no cree?

—Sí, en cierto modo, así es. Pero ¿por qué? Ya no hablo de una muerte tan cruel sino del asesinato en sí mismo. ¿Por qué la mataron?

—La policía sabrá descubrirlo, Cliff.

Talbot guardó silencio. El cuerpo de Cindy, botín para unas ratas hambrientas...

De pronto, recordó algo.

—Pam, usted mencionó un sobre que ella le había entregado poco antes de morir —dijo.

—Sí, lo guardo en la caja de seguridad de mi tienda.

Talbot consultó su reloj del cuadro de mandos.

—Son las diez y media —dijo—. Estaremos en Londres a la

media noche, aproximadamente. Me gustaría examinar ese sobre, si no tiene inconveniente. —Ninguno. Tengo un juego de llaves en la tienda en mi bolso. Iremos directamente a la tienda, Cliff.

A mitad de camino, Talbot, algo más repuesto, sugirió la conveniencia de tomar algo caliente. Descansaron quince minutos y luego continuaron el viaje.

El coche se detuvo frente a la tienda minutos después de las doce. Talbot leyó el rótulo que había sobre la puerta:

PAM & CINDY.

El segundo nombre debería borrarse muy pronto, pensó amargamente.

Un policía uniformado pasaba en aquel momento, haciendo su ronda. Pamela le saludó cordialmente.

—Tengo que coger algo que he olvidado —sonrió.

—Está bien, señorita Pamela —contestó el guardia.

—Buenas noches, agente —saludó Talbot.

El policía se alejó por la acera brillante de agua de lluvia. Pamela abrió y encendió las luces. Talbot apreció que la tienda estaba montada con gusto.

—Deben tener muchos clientes —dijo.

—Gracias a Dios, no faltan —sonrió ella—. Está en un sitio céntrico y hemos sabido vender cosas que gustan a la gente.

Pamela atravesó el mostrador y se dirigió a la puerta que daba a su despacho. El interruptor estaba a la derecha y lo tocó. El cuarto se iluminó en el acto. Talbot entró detrás de ella.

En el mismo instante, oyeron una voz:

—No griten. Podrían morir.

Talbot se volvió en el acto. Pamela contuvo un gemido. Delante de ellos había un hombre, enteramente vestido de negro, con la cara cubierta por una media. En la mano derecha, enguantada, sostenía un revólver de cañón muy corto. Atravesado sobre el cinturón de cuero negro que sujetaba sus pantalones, se veía un sobre blanco, de forma rectangular.

La caja fuerte estaba abierta. Talbot comprendió en el acto los motivos de la presencia del sujeto.

—El sobre —exclamó Pamela.

—Será mejor que lo olviden —dijo el desconocido—. No me

llevo ni un solo penique, ni tampoco sus libros o documentos particulares. Sólo vine a buscar una cosa y la he encontrado.

—Pero ¿por qué? —preguntó Talbot.

El hombre vestido de negro movió su mano derecha.

—Vayan al rincón —ordenó—. Ah, el teléfono está cortado —advirtió—. Repito que nada me disgustaría más que verme obligado a disparar, pero lo haré en caso necesario. —¿Tan importante es ese sobre para usted?

—Lo siento.

El enmascarado se dirigió hacia la puerta, que aún seguía abierta. Atravesó el hueco de un salto y cerró rápidamente.

Talbot se abalanzó sobre el teléfono. Sí, estaba cortado.

Entonces, despreciando todo posible riesgo, corrió hacia la puerta y abrió.

—Cuidado —gritó ella.

Talbot no hizo caso. Atravesó la tienda y salió a la calle. Al fondo, a unos cincuenta pasos de distancia, se veía al ladrón, huyendo a todo correr, sin duda hacia un coche que habría dejado aparcado en lugar discreto.

El policía de la ronda volvía en aquel momento. Talbot extendió el brazo:

—¡Agente, aquel hombre ha robado en la tienda! —exclamó—. Lo hemos sorprendido, pero nos ha amenazado con un revólver.

Pamela salía en aquel momento.

—Así es, señor Martin —confirmó.

El guardia sacó el silbato y se lo llevó a los labios. El ladrón resultaba todavía visible.

Súbitamente, un hombre salió de una calle transversal. El ladrón, sorprendido, se volvió hacia él, pero antes de que pudiera hacer nada, el otro le disparó dos tiros a la cabeza, desde un palmo de distancia.

Pamela chilló horrorizada. El silbato del guardia sonó con fuerza.

Talbot echó a correr. El ladrón, después de dar un enorme salto, había caído sobre el mojado pavimento. Su matador se inclinó sobre él, le quitó el sobre de un tirón y desapareció por el mismo sitio.

En pocos segundos, Talbot alcanzó la bocacalle. Lo único que pudo ver ya fueron las luces rojas de un coche que se alejaba con un

sonoro rugido de su motor acelerado al máximo.

Talbot y Pamela asistieron dos días más tarde a la fúnebre ceremonia de dar tierra a los restos de Cindy. Aparte del medallón y el reloj, otro elemento identificativo había sido el informe de su dentista, quien reconoció un arreglo que había hecho en la boca de la joven dos años antes. Al día siguiente, se celebró la reglamentaria encuesta judicial, en la que se examinaron todos los elementos del caso.

Sobre la mesa del magistrado se veían el arma homicida, el medallón y el reloj. Después de escuchar a todos los declarantes, el magistrado emitió su veredicto:

—Resulta evidente que, por motivos aún desconocidos, la víctima murió a manos de persona o personas desconocidas. Por tanto, encomiendo a los agentes de la policía la búsqueda del o los asesinos de Cindy Potter y les pido el mayor rigor y afán en su tarea. De otro lado, doy las gracias a cuántos han cooperado en esta encuesta preliminar, que ya se da por terminada.

Los asistentes se pusieron en pie. Talbot se acercó a la mesa.

—¿Señoría?

El magistrado le miró cortésmente.

—Dígame, señor Talbot.

—El medallón y el reloj de la difunta... Tanto la señorita Christopher como yo éramos grandes amigos de ella. Desearíamos que su Señoría nos permitiese quedarnos con esos objetos. En todo caso, de presentarse algún posible heredero, se los entregaríamos sin dificultades.

Los ojos del juez se cruzaron con los del inspector-jefe Brownell. Éste asintió en silencio.

—No hay inconveniente —accedió.

—Mil gracias, señoría.

El magistrado se marchó. Un alguacil se dispuso a llevarse la espada, que habría de ser depositada como prueba del delito. De pronto, Talbot concibió una idea.

—¿Me permite, por favor?

Talbot tomó la espada con las dos manos, después de que el alguacil hubiera accedido a sus deseos. La espada apreció, era una fiel reproducción de un ejemplar de época. La empuñadura de tazón finamente damasquinado, era una verdadera obra de arte. La hoja,

delgada, larga, de punto agudísima, brillaba todavía como el día en que salió del taller donde había sido fabricada, excepto en los puntos donde la sangre había formado una capa oscura.

En la hoja, casi junto al tazón de la empuñadura, Talbot leyó un nombre: B., de Silva, Toledo, y un número, 433. Grabó el nombre y la cifra en su mente y devolvió el arma al ujier.

—Muchas gracias —sonrió.

Brownell se acercó a la pareja.

—Es una espada magnífica —dijo—. Fabricada en nuestros días, pero con el arte y el esmero de hace cuatrocientos años. Apostaría a que más de una espada idéntica a ésta se hundió con algún galeón de la Invencible.

—Tal vez —convino el joven—. Ciertamente, es un *souvenir* de turista, pero de los caros, para turistas coa buen gusto.

—En efecto. Señor Talbot, me agradaría invitarles a los dos a una jarra de cerveza en una taberna cercana. Quiero hablar con ustedes del extraño suceso ocurrido hace tres días en Londres.

—Con mucho gusto, inspector —accedió Talbot—. ¿Vamos, Pam?

CAPÍTULO IV

—No tengo la menor idea —declaró Pamela poco más tarde—. Ignoro en absoluto el contenido del sobre. Cindy me lo entregó y yo supuse que serían documentos de cierta importancia. Ella debió de pensar que no merecía la pena gastar dinero en la caja de alquiler de un Banco, teniendo la suya propia.

—¿Sabía ella la combinación? —preguntó Brownell, mientras llenaba su pipa.

—Sí, claro, era mi socio. Sin embargo, yo me imagino que debió de apuntarla en algún sitio. A fin de cuentas, yo no lo necesitaba, porque la utilizaba a diario.

—Guardaría algún dinero en la caja, me imagino.

—Normalmente, la recaudación del día. Solía ingresar el dinero en el Banco cada dos o tres días. El día en que vinimos aquí, mi primera dependienta puso el dinero de la recaudación en un sobre y lo depositó en el buzón de ingresos nocturnos del Banco.

—La señorita Potter conocía, pues, la combinación. Es de suponer que tuviese llaves de la tienda.

—En efecto, inspector.

—¿Sabe si le faltó dinero en alguna ocasión?

Pamela saltó en su asiento.

—¿Trata de decirme que Cindy...?

Conciliador, Brownell levantó una mano.

—Por favor, señorita; simplemente, trato de investigar todas las posibilidades. Su amiga está muerta y el detalle más insignificante puede llevarnos a detener a su asesino. —El inspector tiene razón, Pam— terció Talbot—. Pudo suceder que Cindy necesitase dinero en alguna ocasión...

—Jamás me faltó un solo penique. Sólo una vez vino ella a la tienda, cuando ya estaba cerrada, pero fue para llevarse un juego de ropa interior. Dejó una nota, diciendo que lo cargase en su cuenta,

eso es todo.

—Bien, no se llevó dinero, pero tenía llaves de la tienda y conocía la combinación.

—No lo he negado en ningún momento, inspector.

Brownell chupó pensativamente su pipa.

—Sería curioso averiguar si algún amigo suyo consiguió la cifra de la combinación y las llaves de la tienda —dijo—. No debemos olvidar que ni la caja fuerte ni la puerta de la tienda fueron violentadas por Peter Bow. Recuerdan el nombre, ¿verdad?

Cindy se estremeció.

—Lo vimos morir —dijo.

—Era un hombre joven, más o menos como usted —declaró Brownell—. El Yard me ha informado de que, a veces, se dedicaba a las mujeres maduras y ricas, sin desdeñar tampoco a las jóvenes, aunque fuesen pobres. Pero su campo de acción estaba, principalmente, en el primer tipo de mujeres.

—¿Adónde quiere ir usted a parar, inspector? —preguntó Talbot.

—Peter Bow vivía de explotar su físico. Quizá eso pudiera tener relación con el sobre robado, ¿no creen?

Talbot se acarició la mandíbula.

—No lo sé... Se me hace muy cuesta arriba creer que Cindy se dejara seducir por un tipo semejante... Claro que no puedo tampoco afirmar lo contrario. El día en que nos encontramos, hacía ya tres años largos que nos habíamos separado. Desde entonces, no había vuelto a tener noticias tuyas.

Brownell sonrió, sin quitarse la pipa de la boca.

—Es una hipótesis admisible —dijo—. El Yard investiga en esa dirección. Pronto sabremos si Cindy y el difunto señor Bow se relacionaron en alguna ocasión.

—En todo caso, inspector, habría que encontrar una respuesta a la pregunta que surge de inmediato, después de sus palabras.

—¿Cuál, señor Talbot?

—¿Por qué Bow tardó seis meses nada menos, después de que Cindy hubiese muerto, en robar el sobre?

Brownell se quitó la pipa de la boca y asió la jarra de cerveza mediada que tenía al alcance de su mano.

—Una pregunta muy interesante, en efecto —convino.

El ambiente era muy agradable en la taberna, en contraste con el tiempo desapacible que reinaba en el exterior. Talbot fue a pagar el gasto, pero Brownell se lo impidió cortésmente.

—Por favor, son ustedes mis invitados.

—Le llamaremos dentro de unos días —dijo el joven al despedirse, ya en la calle—. Gracias por haber colaborado en la petición que hicimos al magistrado.

—Creo que, a menos que surja algún heredero, nadie mejor que ustedes para guardar el medallón y el reloj —contestó Brownell.

Desde el coche, Talbot vio al inspector que se quitaba el sombrero cortésmente. Dio al contacto y el automóvil empezó a moverse.

Minutos después, ya en la carretera, Talbot metió la mano en el bolsillo de su chaquetón y sacó algo que entregó a la muchacha.

—Presione el resorte que hay en la parte inferior —dijo.

Pamela obedeció. Oyó un leve chasquido y el medallón se abrió en dos mitades.

Atónita, vio el retrato de una niña de pocos años. El color mostraba unos rizos rubios y unos ojos muy azules. La niña sonreía encantadoramente. A Pamela le pareció el retrato de una princesita.

—¿Quién es? —preguntó.

—Eso es lo que a mí me gustaría saber —respondió Talbot—. Pero tengo ciertas sospechas...

—¿Qué sospechas, Cliff?

—Fíjese bien en la cara de esa niña. ¿A quién le recuerda?

Pamela estudió el retrato con infinita atención. De repente, exclamó:

—Sí, es cierto; existe un gran parecido. ¿Acaso sabía usted que Cindy...?

—Si esa niña resulta ser su hija, y todo parece indicarlo así, dado el estilo moderno del peinado y de lo poco que se ve de su vestido, es la primera noticia que tengo sobre el particular.

—Usted lo sabía y, sin embargo no se lo dijo al inspector.

—¿Sabemos acaso si la policía ha tomado una fotografía de este retrato?

Ella se mordió los labios.

—¿Cómo lo ha averiguado? —preguntó.

—Cuando llegamos a la taberna, yo fui unos momentos al

lavabo. Allí se me ocurrió examinar el medallón y... Bien, ahí tiene el resultado.

—Es fantástico. Cindy y yo llevamos casi tres años asociadas. Jamás me habló de su hija, si lo es.

—La niña, según el retrato, tiene de cuatro a cinco años, esto es, en el momento de la fotografía. Posiblemente ahora tenga uno más. Cindy contaba veintisiete cuando murió. Yo la conocí a los veintitrés bien cumplidos, casi veinticuatro. Ninguno de los dos teníamos por qué conocer la existencia de la niña.

—Una hija de Cindy —murmuró Pamela—. ¿Dónde puede hallarse en estos momentos?

—Voy a hacerle una proposición, Pam.

—Sí, Cliff.

—¿Le gustaría convertirse en detective?

—La policía...

—Nosotros también podemos actuar por nuestra cuenta. No hay ninguna ley que lo prohíba, a menos que robemos, maltratemos a alguien o cometamos un homicidio. Y, me parece que usted también está muy interesada en saber quién y por qué mató a Cindy.

—Es verdad, Cliff —reconoció Pamela—. ¿Por dónde empezamos?

—Lo primero, hoy, por el piso de Cindy. Vamos a registrarlo a fondo. Mañana yo la llamaré por teléfono y le diré adónde hemos de ir.

—De acuerdo.

Era ya de noche cuando regresaban a Londres. Talbot paró el coche frente a la casa donde había vivido Cindy. Momentos después, el conserje les entregaba la llave.

Subieron al piso. Talbot abrió y encendió las luces.

Un segundo más tarde, Pamela lanzaba una exclamación de asombro.

Con las manos en los costados, Talbot contempló el fenomenal desbarajuste que reinaba en el departamento. No había quedado nada en su sitio. Los pocos libros que había estaban destrozados, con las hojas arrancadas literalmente una por una. Los cuadros aparecían destrozados, rasgados los que eran de tela y hasta partidos los marcos, y los que eran simples litografías abiertos por detrás con enorme meticulosidad. El diván y las butacas aparecían

asimismo despedazados y su mullido esparcido por el suelo.

En las restantes habitaciones de la casa reinaba un desorden semejante. Talbot apreció que incluso los botes de cocina habían sido vaciados de su contenido.

—Se nos han anticipado, Cliff —dijo la muchacha.

—Sí, pero ¿qué buscaban? ¿Lo habrán encontrado?

—¿Quién es capaz de responderle?

Talbot asintió. Al cabo de unos instantes, se acercó al teléfono.

—No tenemos otro remedio que avisar a la policía —dijo—. Pero no diga nada del medallón, Pamela.

—Descuide, Cliff.

Al día siguiente, por la mañana, Talbot y Pamela se detuvieron frente a una joyería de modesta apariencia. Momentos más tarde, Talbot hacia las presentaciones.

—Jim Burke, Pamela Christopher —dijo—. Jim, buen amigo, hemos venido a pedirte un favor.

—Lo que gustes, Cliff —respondió el joyero, un hombre de agradable apariencia, un poco mayor que Talbot—. ¿De qué se trata?

Talbot le entregó el medallón.

—Contiene el retrato de una niña —dijo—. ¿Es posible encontrar al autor?

—Del medallón, me imagino. —Sí, claro.

Burke asintió. Abrió el medallón y luego lo colocó una lupa de aumento en el ojo izquierdo. AL cabo de unos momentos, dijo:

—Anota, Cliff. H. MacLean, calle Abbey, ochenta.

—Gracias, Jim.

Talbot y la muchacha se dispusieron a abandonar la joyería. Burke llamó su atención.

—Voy a darte un consejo, Cliff.

—Dime, Jim.

—El año pasado leí una noticia referente a MacLean. Estuvo mezclado en un negocio de joyas robadas. Su abogado, creo, tuvo que pelear bastante para librarlo de un buen lío.

—Una noticia interesante —sonrió el joven.

Volvieron al coche. Treinta minutos más tarde, se detenían ante la joyería de MacLean.

El aspecto era mucho más modesto que la de Burke.

—¿Por qué diablos tuvo que encargarse aquí Cindy su medallón?
—murmuró el joven—. Este asunto tiene más enigmas de los que somos capaces de imaginarnos —contestó Pamela.

Entraron en la tienda. Un hombre de unos cincuenta años de edad, calvo y con lentes bifocales les miró con curiosidad.

—¿Sí?

—¿Es usted el señor MacLean? —preguntó Talbot.

—En efecto, Herbert MacLean. ¿En qué puedo servirles?

Talbot sacó el medallón.

—Se lo compró a usted una mujer llamada Cindy Potter —dijo.

MacLean tomó el medallón.

—Es posible —contestó—. Es una pieza muy bonita, aunque casi podría decirse que de serie. He vendido; bastantes de este tipo...

—¿Cuándo lo compró la señorita Potter?

—No lo sé. Tendría que consultar mis libros... Pero ¿por qué quieren saberlo? —Nos interesa, señor MacLean. La señorita y yo éramos buenos amigos de Cindy. Ella murió asesinada.

—Ah, investigadores privados.

Talbot no contestó. Su silencio, pensó, podía tomarse por asentimiento, pero en caso de apuro, también podría alegar que él no había afirmado nada en tal sentido.

—Está bien, aguarden un momento —pidió el joyero.

MacLean apartó las cortinas de la puerta que tenía a sus espaldas y desapareció de la vista de sus visitantes. Talbot sacó cigarrillos y ofreció uno a Pamela. Ella rechazó con breve gesto.

Transcurrieron algunos minutos. Talbot empezó a impacientarse.

—Tarda mucho —rezongó.

—No se ponga nervioso, hombre.

Talbot apagó la colilla en un cenicero que había sobre el mostrador. Habían transcurrido ya casi diez minutos y MacLean no daba señales de vida.

—Ya está bien —dijo, después de otros cinco minutos de espera—. Si ese tipo cree que va a burlarse de mí...

Paso al otro lado del mostrador, apartó las cortinas y se encontró en un pasillo. A la derecha había una puerta abierta, por la que salía la luz de una estancia que, seguramente, no tenía ventanas que dieran al exterior.

Talbot avanzó unas cuantos pasos más. De repente, se detuvo

como si le hubiesen dado un puñetazo en el pecho.

La absoluta inmovilidad del cuerpo que yacía en el suelo, boca abajo, con un cuchillo clavado entre los omóplatos, le dijo en el acto que el joyero ya no facilitaría los datos que le habían pedido.

Cuando salió, Pamela se asustó al verle mortalmente pálido.

—Hay que llamar a la policía —dijo Talbot—. MacLean ha sido asesinado.

Ella vaciló un instante. Talbot vio el teléfono al otro lado del mostrador y se acercó con paso resuelto.

—Pam, por lo que más quiera, no mencione el medallón. Diga que vinimos a comprar un anillo, una pulsera, lo que le parezca, pero ni palabra del medallón. ¿Está claro? —Sí. Cliff— respondió la joven con voz apenas audible.

CAPÍTULO V

El departamento de Pamela estaba puesto con exquisito gusto. Era pequeño, pero las personas se podían mover con holgura, observó Talbot.

Sentado en el diván, puso los pies sobre una mesita. Pamela, ya rehecha, estaba en la cocina, preparando café.

La joven volvió poco más tarde, con una bandeja en las manos. Talbot apreció el detalle de la botella de coñac. Unas gotas en el café le sentarían bien, pensó agradecidamente.

—Esto se complica, Cliff —dijo Pamela, después de haber tomado una taza de café.

—Tengo la seguridad de que Cindy sabía algo muy importante. Lo que no me explico, sin embargo, es por qué han tardado tanto tiempo en actuar.

—¿Quiénes, Cliff?

—Sus asesinos, por supuesto.

—¿Cree que hay más de una persona?

—Estoy absolutamente seguro de ello. En primer lugar, debemos tener en cuenta a Mowerton.

—El abogado.

—Sí. Redactó un testamento falso y engañó a Cindy. Ahora bien, ¿qué sabía ella? ¿Qué tenía para que la llevasen a Grofferty Manor y allí la clavasen como una mariposa?

—Cliff, para mí la clave está en el retrato de la niña.

—Yo también pienso lo mismo. La clave es la hija de Cindy. Pero ignoramos dónde puede estar...

De pronto, Pamela se puso en pie.

—Estamos olvidando lo más importante, Cliff —exclamó.

—¿Qué es, Pam?

—A menos que se trate de un caso de inseminación artificial, pero Cindy no era mujer que se prestase a esas cosas, habiendo

hombres... ¿quién es el padre?

Talbot quitó los pies de la mesa.

—¡Diablos, es verdad! —exclamó—. No, Cindy no era mujer que se prestase a ciertas cosas. Tal vez no quería tener un hijo, pero cuando supo que estaba encinta, no se hizo interrumpir el embarazo. En alguna parte hay un padre de la niña... pero lo peor de todo es que no tenemos la menor idea de quién pueda ser.

Pamela se mordió los labios.

—En sus asuntos amorosos, Cindy, contra lo que pudiera parecer, era muy reservada. Ya ve, ni siquiera le mencionó en una sola ocasión durante los tres años que permanecimos asociadas, y eso que parecía ser usted el número uno en sus preferencias.

—Lo que había entre Cindy y yo era una especie de oleaje. Ahora arriba, luego abajo... Parecía que íbamos ahora a estar arriba, pero, sinceramente, creo que pasado el tiempo hubiéramos descendido de nuevo. No sé, tal vez me equivoque...

—Ella no ha tenido tiempo de demostrar si iba a ser usted definitivamente su número uno.

Talbot asintió.

—Si supiéramos cómo encontrar al padre... De todos modos, antes debo hacer un viaje a Toledo.

Pamela se asombró.

—¿Toledo, España?

—Sí. ¿Le gustaría acompañarme?

—Pues... tendría que pensármelo...

—En todo caso, saldríamos pasado mañana. Mañana he de asistir a una fiesta. Mi editor considera que es conveniente.

—Es verdad —sonrió ella—. Olvidaba que está a punto de convertirse en un hombre célebre.

—Imaginación no me falta y he tenido un poco de suerte. Pam, aunque la fiesta no será para una muchedumbre, puedo llevarla, si lo desea.

Talbot se puso en pie.

—Mañana, a las seis, pasaré por su tienda para conocer las respuestas: asistencia a la fiesta y viaje a Toledo. ¿Le parece bien?

Pamela le dedicó una sonrisa llena de simpatía.

—Lo consultaré con la almohada —respondió.

Había una veintena de personas en la fiesta, que se daba en la

residencia de Edna StallBrown, una mujer alta, voluminosa, que andaba más cerca de los sesenta años que de los cincuenta. Por lo visto, dedujo Talbot, la señora Stall-Brown tenía ciertos intereses en la editorial; tal vez era uno de los accionistas de importancia, dijo a Pamela, después de saludar a la anfitriona.

—Esa mujer no me gusta nada —susurró la joven poco más tarde—. No tengo nada contra ella, líbreme Dios, pero su cara es la de un *bulldog*. Y el cuerpo el de un bisonte erguido y con faldas.

Talbot ahogó una sonrisa mediante el procedimiento de llevarse la copa a los labios. Sí, la anfitriona tenía el rostro duro y hosco, propio de una persona de genio autoritario y poco aficionada a permitir las contradicciones.

—Por fortuna, no tenemos que relacionarnos apenas con ella —contestó.

Un hombre joven, de unos treinta años, alto, delgado, pálido y de ojos inseguros, se acercó a la pareja y cambió unas frases amables con Talbot.

—Si su novela tiene el éxito que se predice, será llevada a la pantalla —dijo Vance StallBrown, hijo de la anfitriona—. Y a mí me encantará mucho diseñar los decorados.

—No sabía que fuese usted decorador...

—Independiente, pero, modestia aparte, con bastante éxito. —Vance citó unas cuantas películas en las que había intervenido—. Eso me ha dado cierto renombre.

—Le felicito, amigo.

Vance posó su mirada en Pamela. La joven aparecía encantadora, con un traje de fiesta, largo, sin espalda y con un escote muy mesurado.

—Tal vez la señorita tenga intenciones de dedicarse al cine o a la televisión —dijo—. En tal caso, mi ayuda podría resultarle muy eficaz.

—Se lo agradezco, pero ya tengo mi propio negocio y no me gustaría dejarlo —contestó Pamela.

El editor le llamó de pronto a Talbot:

—Venga conmigo, Cliff. Quiero presentarle a una persona encantadora.

Era una mujer joven, de unos veintiocho años, pelo oscuro y ojos de fuego. El vestido era de color rojo vivísimo y todo lo que llevaba

en la parte anterior eran dos tiras de tela de unos tres dedos de anchura.

—Gloria Arvidson, Cliff Talbot —dijo el editor—. ¿Le parece guapa, Cliff?

—No diga eso, señor Robinson. No parece, lo es —contestó Talbot—. Señorita Arvidson, ¿qué puedo decir para celebrar haberla conocido?

Gloria rió argentinamente.

—Señor Robinson, si este caballero es tan buen escritor como conquistador, no le quepa la menor duda de que cada uno de sus libros será un éxito mundial.

—Ojalá —dijo el editor—. Oh, perdonen, he de saludar a un conocido...

Talbot y Gloria quedaron frente a frente. El joven observó que Gloria poseía una belleza turbadora y no sólo por el atrevido diseño de su vestido. En los ojos de la joven había una llama sensual que sólo un tonto dejaría de percibir.

Durante unos momentos, charlaron amistosamente. De pronto, resonó la chillona voz de la señora Stall-Brown, que llamaba a su hijo.

—Ya está el perro de presa —dijo Gloria en voz baja—. Hay mujeres que deberían estar encerradas en una jaula.

—No diga eso, Gloria.

—Fíjese, Vance parece un falderillo. Antes vino a charlar conmigo y su madre lo llamó a los cinco minutos. Edna tiene una personalidad absorbente, es ególatra hasta lo inconcebible y creo que llora solo de pensar que Vance pueda casarse algún día.

—Pues el chico ya tiene edad suficiente para decidir por sí mismo —comentó Talbot.

—Sí, y decidiría si no fuese por la «pasta» de la madre...

—¿Cómo?

—Simplemente, Vance depende de ella... Pero ¿por qué hablamos de ese pelele? Usted tiene aspecto de todo lo contrario, Cliff.

—Soy un hombre corriente, como muchos, Gloria.

Ella entornó los ojos.

—Me gustaría comprobarlo —dijo.

—No sé qué pruebas podría yo darle...

—¿Por qué no viene mañana a tomar el té a mi casa?

—Imposible. Lo siento muchísimo, pero he de hacer un viaje inaplazable. Sin embargo, creo que no durará más allá de una semana. ¿Quiere que la llame a mi regreso?

Gloria asintió. Fue a decir algo, pero Edna Stall-Brown se acercó en aquel momento. —Gloria, luego me gustaría hablar contigo— dijo la mujer.

—Está bien, Edna.

La joven lanzó una mirada llena de malicia a Talbot y luego se alejó. Talbot comprendió bien el significado de la mirada: «Cuidado con el mastín», le había dicho Gloria en silencio.

—¿Señor Talbot?

—Sí, señora Stall-Brown —contestó el joven, volviendo con presteza a la realidad.

—El señor Robinson me ha hablado de sus propósitos y del libro que ha terminado.

Espero que sea un éxito, señor Talbot.

—Yo también lo espero así, señora.

—Es que si luego resulta un fracaso, yo tendría que reconsiderar mi amistad con el señor Robinson, ¿comprende?

Talbot se puso rígido. Ella agregó:

—A decir verdad, si de mí dependiera, el señor Robinson no habría aceptado siquiera leer el original. Conozco la sinopsis del argumento y lo encuentro vulgar, por no calificarlo con otras palabras.

—Señora, lamento no haber atinado con sus gustos.

Pero si lo desea, recogeré el original y lo llevaré a otro editor.

—Quizá sea una buena solución. Mientras tanto, señor Talbot, como lo cortés no quita lo valiente, tómese otra copa. Buenas noches.

—¡Caramba, vaya rociada! —comentó el joven, momentos más tarde, cuando se le acercó Pamela.

—He visto a la dueña de la casa hablando con usted. ¿Qué le ha dicho?

—Lo suficiente para dejarme helado.

Talbot relató brevemente la conversación. Pamela meneó la cabeza.

—Esa mujer, o es una fiera o está chiflada. La he estado

observando durante toda la tarde. Hay algunas chicas en la fiesta. Cada vez que su hijo se acercaba a una de ellas, lo llamaba antes de que hubieran pasado cinco minutos. ¿Por qué no lo envuelve en algodones?

—Es una mujer muy absorbente —contestó él.

Frank Robinson, el editor, se acercó en aquel momento.

—Cliff, apuesto algo a que Edna te ha puesto verde —sonrió.

—No, estoy blanco, porque me ha dejado helado —contestó el joven de buen humor.

—No le hagas el menor caso. Diez o doce veces al año, da una de estas fiestas. Siempre traigo a uno o dos de los escritores que tengo contratados. A todos les dice lo mismo, créeme. Pero no puede hacer nada; por mucho que presuma, sólo tiene un cinco por ciento de las acciones. Es herencia de su difunto esposo, el cual, presumo, debe de hallarse en la gloria y no sólo metafóricamente, ¿comprendes?

Talbot y la muchacha rieron de buena gana.

—Indudablemente, el señor Stall-Brown descansó el día en que cerró los ojos para siempre —dijo el primero.

—No lo sabes bien. Lo que sucede es que por poseer esas acciones, se cree dueña de la editorial o poco menos. Lo siento, Cliff; me olvidé de advertírselo a tiempo.

—No se preocupe, Frank.

Robinson palmeó la espalda del joven.

—Por mucho que grite Edna, el que toma las decisiones soy yo —se despidió.

—Bueno, ya respiro un poco más —sonrió Talbot—. La verdad es que esa mujer me había hecho polvo. Pam, ¿qué tal lo está pasando?

—Me divierto con el espectáculo de un hombre que debe creerse Tántalo. Cada vez que se acercaba a una chica bonita, alguien grita y tira de la cadena.

Talbot asintió.

—Sí, a Tántalo lo encadenaron los dioses y tenía pan y agua al alcance de su mano, pero no podía llegar. A Vance le pasa lo mismo con las mujeres. Pero dejemos de ocuparnos de él. —Se volvió hacia la muchacha—. ¿Qué ha pensado del viaje a Toledo?

—¿Cuánto durará? —preguntó ella.

—Tres, cuatro días... Ya que estamos allí, podemos hacer un poco el turista.

Pamela sonrió.

—Encargue otro pasaje para mí y luego dígame su importe — contestó.

CAPÍTULO VI

El

«Tri-Star»

de la BEA dio una vuelta sobre el aeropuerto y luego enfiló la pista. A lo lejos, se divisaban las cumbres de la Sierra de Guadarrama, todavía nevadas.

Lloviznaba. Cuando salían del avión, Talbot no pudo evitar un comentario irónico:

—España, país de sol.

Los trámites aduaneros en Barajas fueron breves. En el mismo aeropuerto había oficinas de las distintas compañías de coches de alquiler. Talbot presentó su documentación y, pocos minutos más tarde, disponía de un coche.

El tiempo estaba desapacible. Después de atravesar Madrid, tomaron la carretera que conducía a Toledo. No tardaron mucho en verse en la estepa castellana, triste y deprimente bajo un cielo completamente cubierto de nubes. Pero, de pronto, hora y media más tarde, el cielo quedó limpio y lució un sol resplandeciente.

Estaban llegando casi a Toledo. A Pamela, que era su primer viaje a España, le pareció como si una mano invisible hubiera descorrido el telón que ocultaba algún gigantesco foco, para que Toledo pudiera brillar como una joya. La joven no pudo evitar un grito de admiración.

Talbot sonrió, complacido.

—Todavía no ha visto lo mejor —dijo—. Va a pasar aquí dos días inolvidables, créame.

—Pero no olvide el motivo principal del viaje.

—Por supuesto.

Poco más tarde, estaban instalados en el hotel. Habían llegado a mediodía y, tras un ligero almuerzo, se encaminaron a la recepción.

—Venimos de Londres —manifestó Talbot, en un castellano

bastante aceptable—. Un amigo común nos ha recomendado la tienda del señor De Silva. Hemos visto una espada que compró y nos ha gustado muchísimo, pero desconocemos la dirección...

El atildado recepcionista sonrió.

—Bertrán de Silva es uno de los más afamados espaderos de Toledo, señor Talbot —dijo—. Si se resucitara la antigua costumbre de los duelos, los espadachines del mundo encargarían a De Silva sus armas. La tienda, y la forja también, están en la calle de los Reyes Católicos, número dieciocho. ¿Quieren un plano de Toledo para llegar sin extraviarse?

—Muchas gracias, es una buena idea. Yo he estado ya en Toledo alguna vez, pero un plano es algo que nunca estorba.

Minutos más tarde, se hallaban en la plaza de Zoco de ver. Desde la parte más baja, vieron la mole del Alcázar, que abrumaba el paisaje con su fábrica de sillares de granito y las torres grises y puntiagudas. Abundaban los turistas, que se movían en manadas, detrás de los guías.

—Parecen caracoles. Ha dejado de llover y ellos han salido —rió Pamela.

No tardaron mucho en encontrar la tienda de Bertrán de Silva. Un dependiente les atendió correctamente, pero Talbot dijo que quería hablar con el dueño en persona. Al otro lado, pero no visibles, se oían los ruidos de la fragua.

Pamela empezó a examinar los objetos de arte. Algunos eran muy hermosos y no tenían nada en común con los *souvenirs* en serie que habían visto en infinidad de tiendas.

De pronto, un hombre recio, de mediana estatura, con el cabello gris y fuerte, apareció ante la pareja.

—Soy De Silva —se presentó—. ¿En qué puedo servirles?

Talbot tenía en las manos una espada idéntica a la que había servido para matar a Cindy.

—Es una joya —dijo—. Usted las numera, señor De Silva.

El espadero, halagado, sonrió.

—Sí, es nuestra costumbre, pero sólo en espadas de gran calidad —contestó—. Lo cual significa que no se venden mucho, en primer lugar; y en segundo, la idea de la numeración partió de mi padre, hace muchísimos años.

—Ésta tiene el número cuatrocientos treinta y nueve. ¿Cuál es su

precio?

—¿En libras o en pesetas? —preguntó De Silva en correcto inglés.

—Libras, por favor.

—Doscientas cuarenta, señor...

—Talbot, de Londres. Ella es la señorita Pamela Christopher.

—Encantado, señorita. ¿Les gusta la espada?

—Voy a quedármela —dijo Talbot—. Le pagaré ahora y luego usted me la enviará al hotel.

—Oh, magnífico. ¿Me permite el nombre completo? Tenemos la curiosidad de anotar los nombres de compradores de espadas numeradas...

—No hay ningún inconveniente. —Talbot cambió una mirada de inteligencia con Pamela. Luego dijo—: Señor De Silva, ¿podría usted indicarme el nombre de la persona que le compró la espada número cuatrocientos treinta y tres?

El espadero pareció sorprenderse un poco de la pregunta, pero luego accedió.

—Lo consultaré en el libro —dijo.

Momentos después, Talbot tenía la respuesta.

—El comprador fue el señor Holton McClure, de Londres, pero no sé más de él, salvo que le envié la espada al mismo hotel en que ustedes se hospedan —declaró De Silva.

Pamela compró algunos objetos, parte para sí y otros para las dependientas de su tienda. De Silva dijo que enviaría todo al hotel. Cuando salieron, Pamela le preguntó al joven por qué había comprado una espada tan cara.

—Merecía la pena. Estas cosas ya no se hacen hoy día apenas en el mundo —explicó Talbot.

—Pero nos hemos llevado un chasco.

—¿Por qué? ¿Acaso pensaba que iba a ser Mowerton el comprador? ¿O Jenkins, el chófer del «Rolls» misterioso? No conocemos a Holton McClure, pero, sin duda, en el hotel obtendremos algunos datos muy interesantes.

Talbot tenía razón. El recepcionista les consiguió la dirección de McClure.

—No es corriente, ya que sólo anotamos la ciudad de procedencia, pero, en este caso, el señor McClure olvidó una

billetera con algún dinero y se la enviamos a Londres. Dentro de la misma billetera había algunas tarjetas de visita y así supimos su dirección.

—Muchas gracias —dijo Talbot, después de anotar las señas del sujeto olvidadizo—. Por favor, ¿recuerda usted el aspecto del señor McClure?

—Oh, sí, señor; era un hombre muy alegre y campechano. Vino acompañado de su esposa, una mujer guapísima, espectacular, permítame que se lo diga. El era más bien bajo, cosa rara en un inglés...

—No todos los ingleses pasamos del metro ochenta —rió Talbot.

—La tradición, ya sabe usted —sonrió el empleado—. El señor McClure era más bien gordito, de rostro rubicundo y ojos muy azules. Tendría unos cuarenta años, calculo. Muy amable, muy comunicativo...

—Cosa rara en un inglés —dijo Pamela de buen humor.

Cuando abandonaron la recepción, Talbot dijo:

—Bien, después de nuestra breve temporada turística, iremos a la calle St. Amwell, en Finsbury. Allí sabremos qué hizo el amigo McClure con la espada.

—Lo sabemos de sobra —contestó Pamela, que no podía olvidar ni por un instante la horrible visión del esqueleto atravesado por el acero toledano.

Prácticamente, habían hecho todo lo necesario, pero se quedaron dos días en Toledo y uno en Madrid. Pamela quería conocer el Museo del Prado. Después de satisfacer su curiosidad, encargaron los pasajes de avión. Cinco días más tarde, se hallaban de regreso en el húmedo y neblinoso Londres.

—¿Cuándo vamos a ver a McClure? —preguntó ella.

—¿Se siente cansada del viaje?

—Oh, no, en absoluto. Ha sido muy corto...

—Dejé el coche en el estacionamiento del aeropuerto. Pam, las cosas en caliente, ¿le parece bien?

—De acuerdo.

Dos horas más tarde se detenían ante el número veintisiete de la calle St. Amwell. Era una casa de planta y primer piso, con un pequeño jardincito en la parte delantera.

Atravesaron el jardín. Talbot llamó a la puerta, sin obtener la

menor respuesta.

—Tendremos que volver otro rato —dijo ella, decepcionada.

Talbot tocó el timbre de nuevo. Luego se apartó de la puerta, para mirar por una de las ventanas laterales. De pronto vio algo que le hizo ponerse serio.

Las cortinillas estaban corridas, pero aún quedaba una rendija, lo suficiente para poder ver el cuerpo que yacía al fondo de una salita, boca arriba, en una completa inmovilidad. La ligera curva del vientre, al recordar la descripción que le había hecho el recepcionista del hotel, fue suficiente para que Talbot pudiera reconocer a McClure.

—¿Se ve alguien? —preguntó Pamela.

—Sí —contestó él—. Pam, vaya a la cabina telefónica que hemos visto en la esquina.

Llame a la policía.

Ella sintió que se le retiraba la sangre de la cara.

—¿Le... ha sucedido algo a McClure? —preguntó.

—Creo que está muerto... —respondió él sombríamente.

Cuando regresó a su casa, ya muy entrada la noche, Talbot se sentía mortalmente cansado. Lo único que le apetecía en aquellos momentos era tomarse un baño caliente, antes de meterse en la cama. Pero cuando abría la puerta, sonó el teléfono.

—Gracias a Dios que me contesta —dijo el inspector Brownell—. ¿Dónde se ha metido, señor Talbot?

—He estado en España —respondió el joven—. Hice un viaje de cinco días, en compañía de la señorita Christopher.

—¡Qué suerte tienen algunos! —dijo el policía, sarcástico—. Turismo en cualquier época del año y, además, bien acompañado.

—El viaje no fue solo por turismo y ocupamos habitaciones separadas, inspector.

¿Sabe por qué fuimos a Toledo?

—Es muy bonito. Yo estuve allí hace tres años.

—En Toledo se fabrican hermosas espadas. Yo tengo la número cuatrocientos treinta y nueve. La número cuatrocientos treinta y tres fue adquirida por Holton McClure. Lo han asesinado hoy, poco antes de mediodía, según las primeras impresiones del forense.

—Diablos —dijo Brownell a media voz—. Esto se complica.

—Sí, se complica. ¿Recuerda usted el medallón?

—Por supuesto.

—Encontramos al joyero que lo había fabricado, pero lo mataron, antes de que pudiera decirnos quién se lo había comprado.

—¿Era interesante ese medallón?

—Mucho. Hay en él una fotografía de una niña, la cual, por el parecido fisonómico, creemos es hija de Cindy Potter. Pero ignoramos por completo dónde puede hallarse.

—Será cosa de ponerse a trabajar —dijo Brownell—. Señor Talbot, muchas gracias por sus informes. Ahora yo le voy a decir algo que tal vez pueda interesarle.

—Bien, hable.

—Me refiero a la casa del crimen. Hace muchísimos años ya que está abandonada. Por lo visto, las reparaciones costarían más que echarla abajo y construirla de nueva planta y el propietario no encontraba comprador. Los tiempos no están como para comprar una casa en un lugar tan poco alegre. Y el que tiene algún dinero, lo invierte en un apartamento que tenga cerca una playa y sol todo el año, en el sur de España.

—Inspector, no de tantos rodeos. Todo eso es cosa sabida —rezongó Talbot—. ¿Quién es el dueño de Grofferty Manor?

—Murió hace algunos años, de modo que ahora su viuda es la propietaria. Se llama Edna Stall-Brown.

Pamela también se sentía muy cansada, además de impresionada por la muerte de McClure. Se tomaría un largo baño caliente y luego se metería en la cama, pensó mientras hacía girarla llave en la cerradura.

Abrió la puerta y dio la luz. Avanzó unos pasos y, de pronto, sobrevino la oscuridad.

Pamela se volvió, pensando en el posible fallo de los fusibles. Entonces fue cuando divisó la oscura silueta que se hallaba junto a la puerta.

—No grite —dijo el desconocido con voz gruesa y apagada.

Ella se puso una mano en el pecho. El hombre tenía una pistola y veía claramente el brillo del metal, merced a la luz de la calle que entraba por una ventana próxima. Aquel ligero resplandor le hizo apreciar que el desconocido, aparte de vestir ropas oscuras, se cubría la cabeza con una media negra.

—¿Qué... qué es lo que quiere? —preguntó.

—Voy a hacerle una advertencia, primera y única... —contestó el enmascarado—. No quiero causarle el menor daño, pero la mataré si insiste en seguir adelante.

—Adelante, ¿en qué?

—Demasiado lo sabe. Cindy Potter está muerta. Déjela descansar en paz. ¿Entendido?

—¿Quién es usted? —preguntó Pamela ingenuamente.

El desconocido se echó a reír.

—Si quisiera que lo supiera, no tendría la cara tapada —contestó con acento casi jovial—. Lo único que quiero es que olvide todo este asunto. Cindy era su asociada en la tienda. Quédese con su parte y olvide todo lo demás.

—¡Ella murió asesinada, tal vez vivía cuando la comieron las ratas! —exclamó Pamela con gran vehemencia.

—Chica, en este mundo cada uno tiene su suerte. Procure que la suya sea buena, ya sabe cómo. Ahora, vaya a su dormitorio. Vamos, de prisa.

Pamela se vio constreñida a obedecer. El desconocido la seguía a corta distancia. Apenas hubo cruzado la puerta, el hombre la cerró de golpe. Pamela oyó el ruido de la llave en la cerradura y comprendió que el enmascarado había planeado hacerlo, colocando la llave por fuera antes de que ella entrara en la casa.

Sin encender la luz, corrió a la ventana, procurando situarse a un lado. Momentos más tarde, vio a un hombre alto que corría hacia un coche situado a unos treinta metros de la casa, al otro lado de la acera. La relativa poca luz de la calle, la distancia y el hecho de que el automóvil estaba en difícil posición para la observación visual le impidió captar más detalles del individuo, excepto que se había quitado la media de la cabeza.

Pero eso fue todo. Segundos después, el coche había desaparecido de su vista.

CAPÍTULO VII

Acababa de salir del baño y estaba preparándose una dosis de escocés, cuando sonó el teléfono. Talbot maldijo entre dientes; esperaba que la llamada no le obligase a salir de casa. Su llegada de España, pensó, no había podido ser más accidentada.

La voz de Pamela sonó casi de inmediato en sus oídos.

—Cliff, he tenido una visita —exclamó ella.

—¿A estas horas? Oiga, me parece que...

—Por favor, no piense mal de mí —dijo la muchacha—. Aguarde que le haya contado todo y entonces opinará de distinta manera.

Pamela relató la visita del desconocido. Al terminar, Talbot se sintió muy preocupado.

—Tendré cuidado de que no me haga otra visita —dijo—. Imagino que no tiene la menor idea de quién pueda ser ese sujeto...

—No, en absoluto, pero estoy muy asustada...

—Se comprende. Pamela, en lo sucesivo se cuidará de la tienda. Si hay que hacer algo, yo me ocuparé de todo, ¿entendido?

—Está bien, aunque me fastidia mucho que me hayan amenazado. Compréndalo, no sólo estaba asociada conmigo en el negocio, sino que era mi amiga. Claro que nuestros caracteres eran muy distintos y había ciertos asuntos estrictamente privados, pero ello no obsta para que no me guste la idea de que el asesino de Cindy pueda quedar sin castigo.

—Sí, la comprendo, pero debe tomar sus precauciones. Por favor, ¿no recuerda más detalles del sujeto, aparte de lo que ya me ha dicho?

Pamela hizo un esfuerzo por recordar.

Al cabo de unos instantes, dijo:

—La voz era oscura, grave, casi ronca... Yo diría que la disfrazó deliberadamente.

—Es posible. Bien, tómese un sedante y procure dormir. Buenas

noches, Pam.

Talbot dejó el teléfono en su sitio. Tomó un trago y reflexionó profundamente acerca de la extraña visita que había recibido la muchacha.

La amenazaban, estaba claro. Pero ¿por qué a ella solo?

—Tal vez otro día me visite a mí —murmuró—. En tal caso, procuraré estar prevenido.

Por la mañana, cuando aún dormía, oyó el timbre del teléfono. Lo había conectado a la cabecera de la cama y alargó su mano a tientas, hasta alcanzarlo.

—Talbot —dijo con voz espesa.

—Hola —saludó alguien jovialmente—. ¿Todavía dormido, a estas horas?

—Señora, no tengo el gusto...

—Pero, hombre, si nos conocimos hace poco en la fiesta que dio la señora Stall-Brown.

—¿Tan poca memoria tiene? —dijo la mujer.

—¡Gloria Arvidson! —exclamó Talbot.

—La misma, ilustre personaje predestinado a conseguir un día el Premio Nobel de Literatura. Creo que también le invité a tomar el té en mi casa, pero casi prefería que fuese una cena informal. ¿Qué me contesta usted?

—Sólo una palabra: ¿Cuándo?

—Esta noche, a las siete y media.

Talbot colgó el teléfono y se sentó en la cama, frotándose los ojos todavía cargados de sueño. ¿Debía acudir a la cita?

¿Por qué no? Era soltero y libre. No tenía ataduras de ninguna clase... y Gloria era muy hermosa.

De repente, llamaron a la puerta.

Talbot saltó de la cama, se puso un batín corto y, descalzo, abandonó el dormitorio y cruzó el salón. Quitó los cerrojos y abrió.

Al otro lado de la puerta no había nadie. Solamente en el suelo, un paquete cuidadosamente envuelto, del tamaño de una caja de zapatos. En la superficie del embalaje, trazadas con un grueso rotulador, figuraban las letras de su nombre.

—¿Una bomba? —pensó.

Agachándose, levantó el paquete dos o tres centímetros del suelo. Pesaba muy poco para una bomba, pero algo se agitó

coléricamente en su interior.

Talbot dio un respingo, que lo llevó a tres metros de la caja. Un leve sonido brotó de su interior.

Regresó junto a la puerta. El papel del embalaje tenía unos diminutos orificios, apenas perceptibles. Aquellos agujeritos permitirían el paso del aire para que pudiera respirar la cosa que había dentro de la caja.

Los sonidos se reprodujeron. Talbot adivinó la identidad del animal encerrado en la caja.

Se preguntó cómo matar al animal. De pronto, recordó que en el cuarto de baño tenía un botiquín bastante completo, incluso con un par de jeringuillas para inyecciones. También tenía alcohol puro.

Buscó unos guantes viejos. Fue una tarea desagradable, pero, al fin, consiguió inyectar a la rata diez centímetros de alcohol de 96.^º. Al cabo de unos minutos, el animal dejó de moverse.

Era un aviso harto morbosos, completado con un mensaje escrito en una cartulina pegada a la tapa de la caja, con el mismo rotulador que había servido para escribir la dirección. La caja era de madera y tenía indicios de haber sido ya roída en parte por la rata, pero la bestezuela no había tenido tiempo de librarse de su prisión. El mensaje decía:

«SI NO OLVIDA A CINDY POTTER, CIENTOS DE
CONGÉNERES COMO LA QUE LE ENVIÓ ACABARAN
CON USTED. LE ASEGURO QUE CINDY ESTABA YA
MUERTA, PERO A USTED LE DEVORARAN VIVO. NO
SEA FESTÍN SUCULENTO PARA RATAS
HAMBRIENTAS».

A las siete y media en punto, Talbot, con un monumental ramo de flores en las manos, tocó el timbre de la puerta de Gloria Arvidson. Ella abrió segundos más tarde.

—Hola, querido —sonrió—. Pase, por favor.

—Gracias. —Talbot fue a decir algo, pero observó que la joven parecía muy preocupada y decidió esperar a que ella tomase la iniciativa—. Me he permitido traerle unas flores...

—Se lo agradezco infinito. Cliff, ¿quiere esperar unos minutos?

—Por supuesto.

Gloria le condujo a una salita íntima, contigua al gran salón del

lujoso apartamento en que residía. Al dejarle solo, le dirigió ella una cálida sonrisa.

—No tardaré —aseguró.

Talbot encendió un cigarrillo. De pronto, oyó voces en el exterior.

La puerta de la salita estaba cerrada del todo. Gloria, observó, parecía muy enfurecida.

—¿Crees que estoy loca? —exclamó—. No tengo ya ganas de continuar sufragando tus estúpidos experimentos de decorados de vanguardia. Búscate otro tonto, Vance, o mejor todavía, pídele el dinero a tu madre.

—Gloria, deja a mi madre en paz...

—Claro, no puedo meterme con ese perro de presa que usa faldas en lugar de carlanca de púas. Te lo confieso; hubo un tiempo en que me gustabas, pero me decepcioné bien pronto. «Que si mi madre no quiere esto, que si a mamá no le gusta lo otro...». Anda y ponía en un fanal y dos velas a los lados; pero no vuelvas a molestarme más, en los días de mi vida.

—Por favor, Gloria —rogó Vance Stall-Brown.

—Todavía me debes casi cinco mil libras. Sí, tengo unos pagarés tuyos, pero son sólo papeles, como palabras en el viento. La última película fue un fracaso de todo el equipo, incluyéndote a ti, con esa absurda decoración. ¿He de pagar yo también tu incapacidad o como quieras llamarlo?

—Gloria, si no me dejas ese dinero, te obligaré...

—¿Cómo, estúpido? ¿Crees que me asustan tus chantajes? ¿Vas a obligarme con aquellas fotografías? Anda, trata de venderlas a una revista; lo que hoy sobran son chicas que se desnuden por cinco libras esterlinas. Yo también lo hice en tiempos y no es que me guste recordarlo, pero tampoco me importa demasiado. ¿Lo has entendido? ¡Pues entonces, largo y que te deje el dinero tu mamaíta del alma!

—Un día te haré tragarte esas palabras —se despidió Vance, mordiendo las palabras—. Te lo juro, Gloria, te lo juro.

A través de la rendija de la puerta, Talbot pudo ver cómo la joven sacaba la lengua en son de burla. Luego oyó un fenomenal portazo.

—Ya puedes salir, Cliff —gritó Gloria.

—Lo he oído todo —dijo él, segundos después.

Talbot observó que la joven parecía sumamente agitada. Su respiración era muy rápida, espasmódica y el pecho subía y bajaba con violentos movimientos.

—Es un tipo repugnante —calificó ella—. Pero será mejor que no lo mencionemos más, Cliff. —Gloria hizo un esfuerzo y sonrió—. De veras, me ha puesto de mal humor.

—Le debe dinero.

Gloria se encogió de hombros.

—Lo doy por perdido. Pero no quise prestarle más. Una vez me sentí tonta y cedí. Confieso que llegué a creer que era un hombre, pero no es más que un pelele. —Filosófica añadió—: La vida... está hecha de una suma de aciertos y errores, lo cual acaba por dar experiencia. ¿Qué le parece si tomamos una copa mientras nos preparan la cena?

—Magnífico —sonrió Talbot.

Había un bar muy bien surtido en un ángulo de la sala, cuyo decorado, aun dentro de su audaz modernismo, demostraba el buen gusto de su dueña. Gloria pasó al otro lado, consultó a su invitado por sus preferencias y luego preparó las bebidas.

—Lo que no comprendo es por qué, si los Stall-Brown tienen dinero, él viene a pedírselo a usted prestado —dijo Talbot, después del primer trago.

—¿Dinero? Eso es lo que quisieran. Ya sólo les queda fachada, pero sus cuentas están más exprimidas que un limón después de una noche de juerga.

Talbot se echó a reír.

—Es usted estupenda —dijo—. Sin embargo, yo sé que los Stall-Brown tienen una propiedad magnífica en Suffolk, cerca de Ipswich.

—Sí, algo tengo oído al respecto, pero sé que hay un enorme lío de herencia. Sin embargo, Vance no quiere aclararme nunca nada sobre el particular y a mí tampoco me importa en absoluto. Perdone la franqueza, Cliff, pero ¡que se vaya al diablo!

—He oído hablar de los decorados de una película...

—Vance se alió con un grupo de cineastas de vanguardia, una pandilla de chiflados que iban a revolucionar el mundo del cine. La película era futurista, pero los decorados pertenecían al siglo pasado. O quizá al anterior. El caso es que rió duró ni una semana

en carteleras.

—Y usted perdió sus cinco mil libras.

—Entonces creía en él.

De pronto, una doncella uniformada apareció en el otro extremo de la sala.

—La cena está servida, señora —anunció.

Sorprendido, Talbot miró a la joven. Gloria se echó a reír.

—Se lo explicaré luego —dijo—. Gracias, Emmie; puede retirarse —se dirigió a la doncella—. Hoy no la necesitaré para nada.

—Bien, señora.

Gloria se colgó del brazo de su invitado.

—Es cierto que hace años posé desnuda para fotografías de calendarios y demás —dijo con toda desenvoltura—. El autor era uno de los componentes del equipo de Vance. Supongo que deben de conservar los negativos y por ello quería hacerme chantaje. Pero ya ha oído que no he querido ceder.

—Ellos pueden publicar las fotografías, pero usted entonces tiene derecho de demandarles judicialmente.

—Lo haré, si se atreve.

El comedor estaba en un ángulo del salón. Talbot descorchó la botella de champaña que estaba en un cubo.

—Por mi bella anfitriona —dijo.

Gloria le lanzó una ardiente mirada. Talbot sonrió por encima de la copa. Iba a ser una velada muy agradable, se dijo.

Durante largo rato, la conversación tomó derroteros intrascendentes. Luego, Talbot, dándose cuenta de que ya existía cierta confianza entre ambos, hizo una observación:

—Gloria, usted ya no posa como modelo fotográfico. Pero este apartamento es muy caro... y, además, se permitió el lujo de prestar cinco mil libras.

—Es cierto, pero lo que muy pocos saben es que soy viuda. Me casé a los veintiún años y cuatro más tarde murió mi esposo. Tenía una considerable fortuna y carecía de parientes. ¿Satisfecho?

—Sin embargo, en la fiesta de la señora Stall-Brown me pareció oír que era soltera...

—No hay ley que me prohíba usar mi apellido de soltera. En general, la mujer, cuando se casa y también después de enviudar,

usa el apellido del esposo, pero no es ley, es costumbre.

—Es cierto —convino él—. Claro, enviudó y quedó sola.

—Estoy bien por ahora, Cliff.

—Eso significa que no ha querido buscar compañía nuevamente.

—Por ahora, no. Aunque si lo deseara, tendría esa compañía muy pronto. Más pronto de lo que usted se imagina.

—¿De veras, Gloria?

Ella le miró intensamente por encima de su copa de champaña. Era una mirada ardiente, llena de promesas, de significado fácil de comprender. —Así es, Cliff— contestó la joven.

CAPÍTULO VIII

Cuando Talbot al día siguiente llegó a la tienda de Pamela, poco después de las doce, se sorprendió al ver a un fotógrafo que tiraba placas del interior del local.

—Aquí, señorita —dijo, indicándole cierto punto del mostrador—. Usted aquí, apoyada un poco, no demasiado tensa ni tampoco lánguida... Tiene que dar la impresión de que es una mujer de negocios...

El *flash* brilló un par de veces. Luego, el fotógrafo colgó su cámara al hombro.

—Muy amable, señorita —dijo—. Ya la avisaremos cuando se vaya a publicar el reportaje.

En aquel momento, Pamela reparó en Talbot, que se hallaba en el umbral.

—Ah, Cliff —exclamó—. Venga, le presentaré a Rewyn Endicott. Es fotógrafo de... ¿Cómo ha dicho que se llama la revista, amigo Rewyn?

—*Young Business* —sonrió el aludido—. Nos dedicamos preferentemente a negocios dirigidos por personas jóvenes, emprendedoras, desde luego, y con verdadero espíritu comercial. Hemos tenido noticias de que

Pam & Cindy

es uno de esos negocios y la revista me ha desplazado para que tome algunas fotografías y haga un pequeño reportaje de la tienda. Me ha gustado, verdaderamente.

—Gracias —dijo Pamela, rebosante de orgullo—. Rewyn, le presento a un buen amigo, Cliff Talbot, escritor y autor de importantes reportajes.

—Encantado, Cliff —saludó Endicott con desenvoltura—. Sí, he oído hablar bastante de usted. Bien, Pam, permítame, pero he de llevar las fotografías al laboratorio y las notas a la redacción. —El

fotógrafo emitió una sonrisa de circunstancias—. La revista está todavía en sus principios; por eso he de hacer yo ambos papeles.

—El niño es todavía pequeño. Ya crecerá y se hará hombre —sonrió Pamela.

Endicott se marchó. Talbot y la joven quedaron a solas.

—Tengo que hablar con usted —dijo él—. ¿Podemos ir a tomar una taza de té en alguna parte?

—Sí, claro. Hay un local a cincuenta pasos... Espere, avisaré a las dependientas.

Minutos más tarde, estaban sentados frente a frente, en un rincón discreto de la cafetería. Pamela observó que el joven aparecía muy serio.

—Le ocurre algo —adivinó.

—A usted la visitaron en persona. A mí me dejaron un aviso muy especial.

Talbot había despegado la cartulina en que había sido escrita la amenaza. Después de sacarla del bolsillo, la desdobló y se la entregó a Pamela.

La muchacha casi saltó en su asiento al conocer el contenido del tétrico mensaje.

—Es horrible —murmuró.

—Esto es sólo la tapa de una caja de zapatos. La caja estaba entera y dentro había una rata viva. Tuve que matarla.

Pamela se quedó sin sangre en la cara.

—No me diga...

—No es cosa de bromear, muchacha. El asesino, o quizá los asesinos, están dispuestos a todo. A usted la visitaron en persona; a mí me enviaron la rata. Esto es grave, desde luego, pero ellos no lo están pasando mejor.

—¿Por qué dice eso, Cliff?

—El que amenaza, tiene miedo.

—Son poderosos...

—Si no temieran ser descubiertos, no amenazarían. Si tuvieran la absoluta seguridad de que sus crímenes iban a quedar impunes, no se molestarían en hacer visitas de incógnito ni enviar ratas vivas. ¿Lo comprende ahora?

—Sí, pero... el caso es que yo también tengo miedo —confesó la muchacha.

—Claro, y yo también. Pero no por eso voy a echarme atrás. Sobre todo, después de lo que averigüé ayer por la noche.

—¿Qué es, Cliff?

—Los Stall-Brown. Son dueños, como usted sabe, de Grofferty Manor. Usted vio la propiedad, se cae en pedazos, pero hay un buen trozo de terreno, aparte de la casa se podría restaurar o bien edificar otra en su sitio. Eso vale muchos miles de libras, Pam...

—En primer lugar, usted no me había dicho aún nada sobre este asunto, pero eso no importa.

—Lo siento, creí que ya se lo había comunicado. A mí me lo dijo el inspector Brownell.

—Está bien. Pero si el Manor es de ellos, ¿por qué no lo venden?

—Hay algo sobre una herencia complicada... y eso es lo que voy a averiguar hoy mismo, Pam.

—¿Cómo?

—Iré a Wesley. Allí tiene que haber un registro de la propiedad. Seguramente me dirán cómo está el asunto de la herencia.

—No entiendo. ¿Por qué ha de ir a Wesley?

—Primero, Grofferty Manor pertenece a ese pueblo, aunque dadas las características del crimen, tuvo que intervenir la policía de Ipswick. Segundo, si los Stall-Brown tienen una propiedad de tanto valor, ¿por qué no la venden, dado que están arruinados?

—Oiga, viven con un tren de lujo, que para mí querría yo esa ruina —exclamó Pamela sonriendo.

—No le desearía ese lujo. Pura fachada. Y si no, ¿por qué el hijito de mamá debe cinco mil libras a Gloria Arvidson y no se las paga, porque no tiene dinero y, además, quiere hacerla chantaje con los negativos de unas fotografías en las que ella aparece desnuda?

—¡Caramba, sí que sabe usted cosas, Cliff! —se asombró Pamela sinceramente.

—Anoche estuve cenando con Gloria y se mostró muy comunicativa, porque llegué a su casa precisamente cuando despedía a Vance y no con besos y flores. Yo oí lo que él dijo del chantaje y ella lo envió literalmente al diablo.

—De modo que no le importa que publiquen esas fotografías. ¡Qué tía más fresca!

—Primero debe tener en cuenta que Gloria fue modelo fotográfico hace algunos años. Luego yo le aconsejé que demandase

judicialmente si publicaban esas fotografías. A ella no le importa en absoluto; ya se vio así muchas veces, aunque ahora, lógicamente, no volvería a posar. Pero lo que interesa es que los Stall-Brown están arruinados.

—Parece mentira... Cliff, ¿cuándo se va a Wesley?

—Ahora mismo —dijo.

—Iré con usted —exclamó Pamela.

—Ni hablar. Tiene un negocio que atender. Espero volver antes de la noche. Si ha cerrado ya, iré a su casa. En tal caso, antes de subir al departamento, llamaré desde la calle por teléfono.

—Está bien —se resignó la muchacha.

—A propósito, el enmascarado la cerró en su dormitorio. ¿Cómo consiguió salir para telefonarme?

Pamela sonrió.

—El dormitorio comunica con el baño y éste con la cocina —explicó—. Ventajas de los apartamentos modernos y pequeños. O inconvenientes, según prefiera. —En este caso, ventajas— afirmó Talbot.

El empleado del registro pasó el índice por una hoja de un enorme libraco y se detuvo ante una anotación.

—Sí, aquí está... —dijo—. El dueño es Fred Stall-Brown.

—Yo tenía entendido que pertenecía a Edna —manifestó Talbot—. La propiedad debe de ser suya, por herencia, ya que quedó viuda. ¿Es que no se han realizado los trámites de la testamentaria?

—Por supuesto que sí. Pero ella no heredó la propiedad.

—Oiga, a mí me dijeron...

—La policía de Ipswick no indagó demasiado a fondo, opino. Debieron de informarse por el agente local y como ella es viuda, pensaron que la propiedad le pertenece. Pero es de Fred Stall-Brown.

—El esposo de Edna.

—No, señor. El hijo mayor. Ella tiene otro hijo, Vance, pero Grofferty Manor es de Fred.

—No comprendo por qué la viuda no heredó...

—Es que Fred es el hijo del primer matrimonio del señor Stall-Brown. Ignoro los motivos por los cuales el testamento se redactó de esta forma, pero aunque trataron de impugnarlo, el difunto Stall-Brown se había asesorado bien y no consiguieron nada.

Grofferty es de Fred.

—Bueno —sonrió Talbot—, ahora sólo falta saber dónde está Fred.

El empleado del registro se encogió de hombros.

—Vaya usted a saber —contestó—. Sé que hace muchos años marchó a Australia. Regresó hace siete u ocho, aproximadamente, pero no se le vio nunca en el Manor. Nadie le ha visto desde hace muchísimos años ni se sabe por dónde puede estar.

—¿Vivían antes los Stall-Brown en Grofferty?

—Hace unos quince años, sí. Por supuesto, el viejo ya se había casado; enviudó cuando Fred tenía cinco o seis años y se casó unos tres años después. Pero luego se trasladaron a Londres, y aunque venían aquí en ocasiones, luego dejaron de hacerlo.

—¿Sabe si ha habido compradores para el Manor?

—Oh, ya lo creo, pero como no se ha encontrado al dueño, no se puede vender la propiedad. Pero algún día la viuda podrá hacerlo.

—¿Por qué?

—Dentro de algunas semanas se cumplirán siete años de la ausencia de Fred. Ella puede solicitar declaración de muerte legal y constituirse en su heredera. Y si no lo hace ella, el hermanastro, ¿comprende?

Talbot asintió pensativamente. Estuvo reflexionando unos momentos y luego sacó dos billetes de cinco libras.

—Le quedo muy agradecido por sus informes, señor Berryl. —Añadió una tarjeta de visita—. Si tuviera noticias de Fred, haga el favor de telefonarme.

—Bien, señor Talbot.

El joven abandonó la oficina y salió a la única calle de Wesley. Encendió un cigarrillo y miró hacia los bosques cercanos. Al otro lado, a dos millas escasas de distancia, estaba Grofferty Manor.

De pronto, abrió la portezuela del coche. Sentóse tras el volante, dio el contacto, movió la palanca de cambios y pisó el acelerador.

Grofferty Manor presentaba el mismo aspecto tétrico y siniestro que el día en que estuvo por primera vez. No obstante, pensó Talbot, si el propietario se gastase una buena suma, la mansión podría tener una apariencia muy diferente. Cuidar el jardín, limpiar las fuentes, decorar la casa nuevamente, retocar la fachada... Sería costoso, pero la propiedad parecería otra.

Lentamente avanzó a lo largo del sendero central. De cuando en cuando, tenía que usar las escaleras que enlazaban las distintas terrazas. Talbot pensó en el aspecto que podría tener la propiedad si estuviese en un país mediterráneo, soleado... Habría cipreses, mirtos, arrayanes... Las flores abundarían por todas partes y el agua de las fuentes correría sin cesar... Pero estaban en la húmeda Inglaterra y no valía la pena hacerse ilusiones.

Entró en la casa. Sus pasos resonaron lúgubrementemente en el ambiente de absoluto silencio que era la característica principal del lugar. Talbot no pudo por menos de pensar en la horrible tortura psíquica que debía de haber padecido Cindy antes de ser traspasada por la espada española.

Al fondo, a la derecha de la escalera, había una puerta. Después de abrirla, vio que daba a un sótano húmedo y maloliente. A la derecha había un candelabro con unos cabos de vela. Encendió uno y emprendió el descenso.

El sótano estaba completamente vacío. Antiguamente debía de haber sido una buena bodega. Algunos trozos de vidrio parecían corroborar esa impresión. Ya no quedaban ni siquiera los estantes.

Súbitamente, algo corrió delante de sus pies. Talbot dio un respingo. Al saltar hacia atrás, la vela se apagó, y el sótano quedó sumido en una absoluta oscuridad.

En el absoluto silencio que reinaba en aquel lugar, Talbot oyó tenues chillidos y el sonido de docenas de patitas que se movían aceleradamente. Grofferty Manor estaba infestado de ratas, se dijo, mientras hurgaba en los bolsillos, en busca del encendedor.

Repentinamente, sonó un pequeño trueno. Talbot volvió la cabeza. Alguien había cerrado la puerta del sótano.

Protegiendo la vela con una mano, corrió escaleras arriba. Al otro lado, alguien emitió una sardónica risotada.

—¡Carne para las ratas hambrientas! ¡Ahí te quedas, curioso!

Talbot forcejeó con la cerradura. Al tirar, se quedó con el pomo en la mano. La puerta, sin embargo, parecía muy resistente, a pesar de los años transcurridos.

De momento, no se alarmó. Las ratas tardarían en envalentonarse para atacarle. El peligro, si bien existía, no era inminente. Hubiera sido muy distinto, pensó, de hallarse encerrado en el armario en donde había encontrado los restos de Cindy.

Levantó la vela y la dejó en uno de los brazos del candelabro. Todavía había dos más. Podía tener luz durante mucho rato, mientras encontraba la forma de salir del encierro.

Con las manos, tanteó la puerta. Los paneles de madera eran sólidos. Sin herramientas, no podría abrirse paso. La puerta principal había cedido el primer día, porque se hallaba a la intemperie. En cambio, aquélla estaba protegida por su misma situación en la casa.

Hurgó en los bolsillos. No tenía ni un mal cortaplumas. Ni siquiera había en el sótano papeles o cartones que pudiera encender para pegar fuego a la puerta.

Había algunos vidrios, procedentes de botellas rotas. Quizá podía rascar la madera lo suficiente, en torno a la cerradura, pensó.

Volvió la cabeza. Entonces vio una docena de ratas al pie de la escalera. Los ojillos de las bestezuelas brillaban con la luz de la vela.

Talbot sintió un escalofrío.

Las ratas esperaban su botín.

CAPÍTULO IX

Transcurrieron algunos segundos. Talbot y las ratas se contemplaban mutuamente. El joven comprendió que, pese a todos, los múridos no tenían intención de atacar. El instinto les bacía saber que eran pocos y que su presunta víctima, tenía aún las fuerzas suficientes para rechazar su ataque.

Pero esperaban y no tenían prisa.

Talbot volvió su atención a la puerta. De pronto, pensó que debía examinar mejor la cerradura. Alzó la mano para coger la vela, pero entonces reparó en el candelabro.

Era de metal forjado, enmohecido por el paso del tiempo. El brazo principal se dividía en tres ramas. El primero era casi tan grueso como una muñeca y sobresalía de la pared de mampostería. Los brazos pequeños, más cortos, eran verticales.

Podía ser un buen instrumento para golpear la madera en los puntos más débiles. Sólo tenía que arrancarlo de su emplazamiento de la pared.

Dejó la vela en el suelo y alargó las dos manos. Asió con fuerza y tiró a un lado y otro. Súbitamente, con un seco chasquido, parte de la pared que tenía frente a sí giró como si fuese una puerta, dejando a la vista un oscuro pasadizo.

Talbot respingó. El pasadizo era angosto, pero no demasiado largo, según podía apreciar. Después de recobrar la vela, se adentró en el pequeño túnel. Momentos después, se hallaba en una estancia de forma cúbica, de unos cuatro metros de lado, aproximadamente. Había una ventana enrejada y daba al exterior. Pero no fue la ventana lo que llamó la atención del joven, sino el esqueleto que yacía en el suelo.

Otra persona había sido devorada por las ratas, adivinó en el acto. Sin embargo, aquella persona no había muerto atravesada por una espada.

El esqueleto yacía de bruces. En el occipital podía verse claramente la fractura que indicaba el tremendo golpe, propinado con algo duro.

Un poco más allá, divisó una barra de hierro. ¿El arma homicida?, se preguntó.

La barra podía servirle para abrirse paso, ya que la salida por la ventana le estaba vedada. Sin soltar la vela, se agachó para examinar el esqueleto. En este caso no había el menor detalle que le permitiese identificar a la víctima.

Permaneció unos momentos en la misma posición. Luego abandonó la estancia y regresó a la entrada del sótano. Probó la puerta secreta varias veces, hasta convencerse de que funcionaba perfectamente. Después de cerrarla, encendió las tres velas, con la barra de hierro, atacó la cerradura.

A las nueve de la noche estaba en Londres. Desde una cabina telefónica, cercana a la casa de Pamela, hizo una llamada.

—Acabo de regresar y estoy muerto de hambre. ¿Tiene algo de cena en su casa?

—Claro que sí —contestó Pamela—. Vamos, suba pronto; me muero de impaciencia por conocer los resultados de su viaje.

Después del último sorbo de cerveza, Talbot se reclinó en el respaldo de la silla y miró sonriente a la muchacha.

—Es usted una magnífica cocinera —alabó.

—No será para tanto —rió ella—. Simplemente, he hecho un poco de carne congelada, a la plancha, con unas patatas fritas. ¿Quiere café?

—En la sala, así estaremos más cómodos.

—Está bien.

Cuando Talbot hubo terminado su relato, Pamela se sintió hondamente preocupada.

—Resulta algo incomprensible... —dijo—. Una casa que vale una fortuna, abandonada...

—Más que la casa, lo que importan son las tres muertes cometidas hasta ahora: Cindy, McLean y McClure. ¿Por qué han muerto?

—Algo sabrían, sin duda, Cliff.

—A mi entender, hay dos puntos que pueden ser clave en este asunto. Uno de ellos es el sobre que le robaron. El otro, la hija de

Cindy.

—Desconocemos el contenido del sobre, y tampoco sabemos dónde está la niña. Pero ¿de verdad cree que tienen relación con estos crímenes?

—Sin duda alguna. Ahora bien, lo que no acabo de comprender es por qué la engañaron con la supuesta herencia.

—Tenían que llevarla a Grofferty Manor, ¿no cree?

Talbot se acarició la mandíbula con aire perplejo.

—Y el esqueleto que encontré en el cuarto secreto, ¿de quién es?

—¿Ha avisado a la policía de Ipswich?

—No. Prefiero esperar. Pam, tengo la sensación de que el asesino se pone nervioso. Si pudiera encontrar el medio de obligarle a dar un paso en falso...

—Lo veo muy difícil —murmuró ella—. Pero me preocupa el hermanastro de Vance. ¿Dónde puede estar?

—Yo sé quién me dirá algo sobre el particular. Gloria Arvidson, me parece, conoce bien a los Stall-Brown. Mañana iré a visitarla. Estoy seguro de conseguir buenos resultados.

—Sin embargo, ella no le mencionó a Fred. Quizá desconoce su existencia.

—Bien, observaré sus reacciones y, modestamente, sabré si es veraz o me miente. Pam, usted, mientras tanto, haga vida normal. ¿Entendido?

—De acuerdo. Cliff, dígame, ¿pasó mucho miedo cuando se vio encerrado en el sótano con las ratas?

—En los primeros momentos, sí, sentí cierta aprensión. Luego me di cuenta de que todavía conservaba todas mis fuerzas. No estaba debilitado por el ayuno ni herido... Las ratas, por otra parte, también tienen su instinto, y se daban cuenta que no era el momento de atacar.

—De todos modos, tuvo que resultar desagradable. ¿Reconoció la voz del hombre que le dejó encerrado en el sótano?

—En absoluto. Quizá la disfrazó y, además, estaba el obstáculo de la puerta. Sólo pronunció un par de frases que ya le he relatado, en medio de grandes risotadas, y echó a correr.

—Carne para las ratas hambrientas —se estremeció la muchacha—. Horrible, ¿verdad? —Sí.

Talbot se puso en pie.

—Estoy cansado —manifestó—. Gracias por la cena, Pam.

Ella le miró, con la sonrisa en los labios. Era una muchacha realmente hermosa, apreció Talbot. De pronto, se acercó a Pamela, la tomó por los brazos y la besó suavemente.

Pamela no protestó, pero después del beso alzó su dedo índice.

—Le prohíbo repetirlo —dijo.

—Hoy —sonrió él—. Mañana...

Pamela no dijo nada. Talbot recogió el sombrero y su impermeable y se dirigió hacia la puerta.

—La llamaré mañana en cuanto sepa algo. O quizá vaya a la tienda —se despidió.

—¿Un hermano de Vance? —se sorprendió Gloria al día siguiente—. Jamás había oído nada semejante, Cliff, te lo aseguro.

—¿No te lo ha dicho Vance nunca?

—No, jamás. En su vida le he oído hablar de un hermano, aunque sólo fuese de padre. ¿Cómo lo has sabido tú?

—Me lo dijeron en Wesley. Grofferty Manor no pertenece a la madre, sino a ese hermano, a quien nadie ha visto en muchos años y cuyo paradero es totalmente desconocido.

—Me dejas pasmada —dijo Gloria—. Claro que, tratándose de un tipo como Vance, todo se puede esperar. Estoy muy desengañada de él, créeme.

—¿Qué hay del chantaje, Gloria?

Ella se encogió de hombros.

—Me deja fría —contestó—. Tú me diste una buena idea y ya me he puesto en contacto con mi abogado. Si alguna revista publica esas fotografías, se verá en un buen lío. El abogado me ha dicho que se pondrá en contacto con las revistas más renombradas, a fin de tenerlas en antecedentes de lo que puede suceder.

—Celebro tu forma de actuar. Ceder ante un chantajista sólo una vez, es lo peor que puede hacerse en este mundo. ¿Has vuelto a ver a Vance?

—No, pero le he llamado por teléfono, para decirle lo del abogado. Me gustaría haberle visto la cara; debía estar lívido —rió la joven.

Talbot asintió. Sí, Vance Stall-Brown era un sujeto despreciable. Pero quizá buena culpa de su actitud era de su autoritaria madre.

De pronto, Gloria se inclinó hacia él. Su vestido era muy

escotado. Talbot sonrió, al comprobar la intensión del gesto.

—Estoy viendo que no usas... aparatos ortopédicos —dijo.

—¿Para qué? Puedo prescindir de ciertas prendas íntimas, ¿no te párele?

—Sí, salta a la vista.

Gloria buscó los labios del joven. Los dos se confundieron en un cálido abrazo.

—Aquí no estamos bien —murmuró ella, instantes después.

—Desde luego.

Abandonaron la sala. De repente, llamaron a la puerta.

—Nunca faltan inoportunos —se quejó ella.

—Deja, no abras...

—Estoy esperando un vestido que encargué ayer. Quédate aquí. Será cuestión de un par de minutos.

Talbot quedó solo en el dormitorio. Sacó un pitillo, se lo puso en los labios y lo encendió sin prisas. Luego se sentó en una butaca.

Pasaron algunos minutos. De pronto, oyó la voz de Gloria:

—Cliff...

Talbot se alarmó. Por el tono de la voz, comprendió que algo grave le ocurría a la joven. Se levantó de un salto y corrió a la sala.

Un estremecimiento de horror sacudió su cuerpo al ver a Gloria en pie, apoyada en el bar con una mano y la otra en el pecho, cubierto de sangre. El rostro de la joven aparecía completamente lívido.

Talbot saltó hacia ella. Apenas si pudo cogerla en brazos.

—¡Gloria! —gritó.

Pero la joven no contestó. Jadeó un poco y luego, de golpe, su cabeza se dobló a un lado. Entonces, Talbot comprendió que tenía un cadáver entre sus brazos.

—He leído el diario de la tarde —dijo Pamela, poco antes de las siete, aquel mismo día.

Talbot asintió. Los dos estaban en el despacho de clientela.

—El asesino le tapó la boca con una mano —dijo—. Con la otra le clavó un estilete. En el corazón, un solo golpe.

Pamela se dio cuenta de la agitación que poseía al joven y se levantó para buscar una botella de *whisky* que tenía en un armario. Puso una buena dosis en un vaso y se lo dio en silencio. Talbot

tomó un par de tragos.

—¿Sospecha de alguien, Cliff? —preguntó.

—Cité el nombre de Vance. La policía le interrogó. Vance ha presentado una coartada irrefutable, según parece. Estuvo en casa todo el día. El ama de llaves y la cocinera lo han confirmado.

—Vaya, arruinados, pero con servidumbre —comentó Pamela sarcásticamente—. ¿Qué le parece?

—Aún les quedará algún dinero, para mantener la fachada. Es más, incluso yo apostaría que alguien les hace préstamos.

—¿Préstamos a una gente que está en la ruina? Oh, vamos, Cliff; no diga cosas raras.

—¿Por qué no? Está la garantía de Grofferty Manor. Dentro de pocas semanas, Edna solicitará la declaración de muerte legal de su hijastro Fred. Edna o Vance. Quizá éste con más derecho, puesto que es hijo del dueño, serán declarados herederos. Entonces, venderán la propiedad.

—Si se mira desde ese punto de vista, entonces sí. Tiene usted la razón. Pero la muerte de Gloria resulta un crimen incomprensible, ¿no le parece?

—No sé qué decirle, Pam. Cada día me siento más confundido... Y no podemos solucionar las dos claves del enigma: el sobre y el paradero de la hija de Cindy. —Olvida usted una cosa, Cliff; el padre.

—Es verdad.

El silencio cayó unos momentos sobre el despacho. De pronto, alguien llamó a la puerta.

—Pase —dijo Pamela.

Una dependienta asomó segundos después, con un sobre en la mano.

—Señorita, han traído esto para usted —dijo.

Pamela se asombró.

—¿Quién, Martha?

—No lo sé. Un motorista se paró unos segundos, entregó el sobre en la misma puerta, recomendó que se lo diéramos inmediatamente y se marchó a escape —contestó la muchacha.

—Está bien, gracias.

Pamela regresó junto a la mesa y abrió el sobre con una plegadera. De repente, lanzó un grito de rabia.

—¡Dios mío, qué vergüenza!

Talbot se puso en pie. Pamela, roja como una guinda, temblaba de furor, con una fotografía en la mano derecha.

—A ver...

Ella retiró la mano a la espalda.

—¡No, no quiero...! —gritó—. Me siento abochornada...

—Pero, muchacha —exclamó él—, ¿tan malo es?

—No se lo puede imaginar, Cliff.

Talbot cogió el sobre. En su interior había una cuartilla doblada, que desdobló en el acto. La cuartilla contenía un mensaje.

«PARECE SER QUE NO HA OBEDECIDO MIS INDICACIONES. SI NO SE ESTA QUIETECITA, LA FOTOGRAFÍA APARECERÁ EN UNA REVISTA QUE TIRA CIENTOS DE MILES DE EJEMPLARES A LA SEMANA».

En un instante, Talbot comprendió los motivos de la vergüenza de la muchacha.

—Vamos, déjeme ver esa fotografía —dijo persuasivo—. ¿Acaso piensa que yo voy a creerme que usted se dedica a esa clase de trabajos?

De mala gana, Pamela le entregó la fotografía. Talbot contuvo una sonrisa, al verla completamente desnuda, a excepción de unas medias negras y zapatos de tacón muy alto. La joven aparecía en pie, junto a una cama de estilo muy antiguo, con columnas a los pies, apoyada en una de ellas. Era una fotografía que tenía muy poco de artística, y sí todo de obscena.

—Cliff, le aseguro que jamás me he retratado en esa postura...

—Cálmese, Pam. Ya le he dicho que no creo que permitiese que le tomaran una fotografía semejante. Pero observo una cosa.

Talbot levantó la vista. Pamela llevaba el pelo suelto en aquellos momentos. El peinado de la fotografía era distinto.

—Pam, hace dos días usted llevaba una cinta en el pelo —dijo—. Muy cerca de la frente dejaba solo un poco de flequillo, ¿no es así?

—Cierto. Fue cuando Endicott me tomó aquellas placas... —De súbito, Pam se puso una mano en la boca—. ¡Es una composición! La cara es mía, pero el cuerpo es de otra mujer. —Exactamente. Y todavía hay más.

—¿Sí?

Talbot pasó al otro lado de la mesa, tomó un rotulador negro y pintó una especie de traje negro a la figura femenina, cubriéndola el cuerpo hasta los tobillos. —Así no podrá decir que me recreo con esta visión— sonrió.

—Por favor, me siento avergonzadísima...

—El cuerpo no es suyo. —Talbot la miró críticamente de pies a cabeza—. La modelo es mucho más opulenta, precisamente de la clase de mujeres que gustan más a ciertos compradores de fotografías. Usted es más esbelta...

—Gracias por la comparación, pero el sofoco me va a durar mucho rato.

Talbot se echó a reír.

—Ha sido una sucia jugada de Endicott —dijo—. Pero me parece que el tipo ha metido la pata, para decirlo con una frase muy vulgar, aunque terriblemente efectiva.

—No entiendo, Cliff.

El joven se encaminó hacia la puerta.

—La llamaré más tarde a su casa. Mientras, voy a comprobar un dato que me ha sugerido esta fotografía —se despidió.

A las nueve de la noche, Talbot levantó el teléfono.

—¿Pam?

—Sí —contestó ella ansiosamente—. ¿Qué ha averiguado, Cliff?

—¿Recuerda las fotografías que me enseñó Cindy y que ella creyó que eran de Grofferty Manor?

—Sí, desde luego, pero ¿qué tienen que ver con este asunto?

—Mucho más de lo que usted se imagina. La joven que puso su cuerpo para la fotografía, posó en uno de los dormitorios de ese supuesto Grofferty Manor. Tengo aquí la fotografía de ese dormitorio y coincide en un todo con el fondo de la que le han enviado a usted.

—Entonces, Endicott es un falsario. No existe esa revista *Young Business*.

—Eso es lo que sospecho. Simplemente, tomaron algunas fotografías de usted en la tienda, para realizar luego la composición de la silueta con otra joven y así hacerla esta especie de chantaje. Pero Endicott cometió el error de no poner otro cuerpo de mujer y en otro lugar.

—Sí, pero ¿qué podemos hacer? —preguntó ella.

—Déjelo de mi cuenta. Si la telefonean, porque estoy seguro de que, tarde o temprano, la llamarán por teléfono, diga que se ha olvidado de Cindy. ¿Está claro?

—De acuerdo.

—Yo iré a verla en cuanto sepa algo. Adiós, Pam.

CAPÍTULO X

Talbot tocó el timbre de la puerta y esperó unos momentos. Le había costado dos días llegar a aquella casa, pero el esfuerzo valía la pena.

La puerta se abrió. Sin más, Talbot disparó su puño derecho.

Rewyn Endicott cayó de espaldas, con los pies por alto. Talbot entró, cerró de un taconazo y se chupó los nudillos. Endicott gateó para ponerse en pie.

—Pero..., ¿por qué me pega? ¿Qué le he hecho yo? —protestó agudamente.

Talbot sacó de su bolsillo una fotografía y la tiró a la cara del sujeto, quien todavía no se había incorporado por completo.

—¿La reconoce? —preguntó.

Endicott bajó la vista. Un segundo después, se puso muy pálido.

—Oiga, a mí no me meta en líos —dijo—. Eso es cosa de Vance.

—Stall-Brown, por supuesto.

—Sí.

—Cuenta, Rewyn.

Endicott terminó de ponerse en pie y se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Pega fuerte —se quejó.

—Cuando llamaba al timbre, pensé pegarle una patada en la entrepierna —dijo Talbot secamente—. Todavía ha salido ganando.

—Está bien. Vance me pagó veinticinco libras.

—Vaya, tiene dinero —contestó el joven sarcásticamente.

—Sí, hace tres días consiguió un importante préstamo. Creo que le sacó mil libras.

—¿A quién?

—Se llama Gail Kabe. Vive en el cuatrocientos diez de la calle Weston.

—Una mujer, ¿eh?

—Sí, guapa, pero ya tullidita.

—Bien, ya la veré. ¿Qué más, Rewyn?

—Bueno, él me dijo que tomase fotografías a Pamela... Usted me vio, de modo que no hay mucho que añadir. Sólo dijo que quería gastarle una broma pesada.

—Rewyn, eso no se lo creyó usted ni en sueños, pero no insistiré sobre el particular.

Fue usted quien hizo la composición fotográfica, ¿verdad?

Endicott se encogió de hombros.

—Ya no hay motivo para negarlo —contestó desanimadamente.

—Por supuesto, Dígame una cosa: ¿en dónde está el dormitorio que aparece en la fotografía?

—Es parte del decorado de una película en la que intervino Vance. Yo me encargaba de la foto fija. La película resultó un fracaso total.

Talbot sonrió.

—Voy a darle un consejo, Rewyn. No mencione nuestra entrevista. Yo no volveré a verle. Pero si Vance se entera de lo que me ha dicho, su vida no valdrá dos peniques. Endicott abrió la boca. Antes de que pudiera pronunciar una palabra, el belicoso visitante había desaparecido ya de su vista.

Al quedar solo, Endicott lanzó una maldición.

—Condenado Vance... Siempre ha de meterse en líos...

En aquel momento, el vapuleado fotógrafo se formó el propósito de no ver jamás a su amigo Vance Stall-Brown.

Gail Kabe era una hermosa mujer, alta, de cuerpo exuberante y de unos treinta y dos años de edad. Tal vez porque Endicott tenía ocho o diez años menos la consideraba tullida, pero no cabía la menor duda de que Gail poseía un fuerte atractivo sensual, desde los ojos intensamente negros, hasta los finos tobillos, enfundados en seda negra, como el resto de las extremidades inferiores.

—¿En qué puedo servirle, señor Talbot? —preguntó.

Talbot sacó la fotografía.

—Usted posó en este decorado —dijo.

Gail parpadeó.

—Eso fue hace tres años —contestó—. Pero la cara no es la mía.

—¿Y el cuerpo?

—Usted lo ha tapado por completo —sonrió.

—¿Quién tomó esa fotografía?

—Rewyn Endicott... Oiga, ¿por qué me hace tantas preguntas?

—Señora... ¿O debo llamarla señorita? —consultó Talbot.

—Mi nombre es Gail... —dijo ella, más amable—. ¿Quiere una copa?

—Nunca rechazo un trago y más si me lo ofrece una mujer verdaderamente hermosa.

—No me halague. Peso cinco kilos de más y no encuentro la forma de quitármelos de encima. —Gail se estiró la falda con ambas manos, a la altura de las caderas—. Hace tres años, mi silueta era mucho más atractiva.

—Bueno, yo no la conocía a usted hace tres años, pero me parece que su silueta no ha perdido ninguno de sus múltiples encantos.

Gail se esponjó.

—Todo depende de los ojos del que me mira —dijo, a la vez que tendía una copa a su visitante.

«La faja le aprieta», pensó Talbot, mientras hacía sonar su copa con la de Gail. —Mis ojos son muy expertos en siluetas femeninas. Quizá más que los de Vance StallBrown.

Gail se puso seria en el acto.

—¿Por qué lo ha mencionado? —preguntó.

—Usted le ha prestado mil libras...

—Sí, pero éste es un asunto privado...

—¿Ha leído los periódicos? Una tal Gloria Arvidson murió apuñalada misteriosamente. Yo era amigo suyo y sé que ella le prestó cinco mil libras. Quizá Vance cancela sus préstamos a puñaladas.

—Oiga, no me ponga los pelos de punta...

—Le hablo completamente en serio, Gail. ¿Qué pretexto puso Vance para conseguir el préstamo?

Ella apretó los labios.

—Una herencia muy importante —contestó.

—¿Le creyó?

—Me enseñó unos documentos. Yo no entiendo mucho, pero me pareció cierto todo lo que decía. Además, prometió devolverme el doble.

«Unos documentos... Quizá los que estaban en el sobre robado

de la tienda», pensó Talbot.

—Otra pregunta, Gail —dijo.

—Sí —accedió ella.

—¿Cómo se conocieron usted y Vance?

—Fue cuando aquella dichosa película, que resultó el chasco mayor que usted pueda imaginarse. Yo era una de las actrices, no la primera, desde luego... y confieso que él me gustó en un principio. Pronto pude darme cuenta de que era un figurón, un pelele, vamos, para que lo comprenda.

—¿Cómo?

—Su madre vino un día a los estudios y organizó un fenomenal alboroto, sólo porque él andaba detrás de mí. Nos pilló abrazados detrás de un decorado y...

—Sí, me lo imagino, y no es usted la primera. Pero, dígame, ¿cómo después de lo ocurrido ha podido prestarle dinero?

—Bueno, hacer negocio con mil libras, para conseguir dos mil dentro de un mes o cosa así, no es un pecado, que yo sepa.

—Es usura —calificó Talbot—. Pero quizá se pueda definir con oír palabra dura. —¿Cuál, por favor?

—Estafa.

Gail se quedó atónita.

—Vance me prometió devolverme el dinero antes de cinco semanas, señor Talbot...

—Cliff, por favor... —rogó el visitante.

—Bien, Cliff. Si pasado ese plazo no me ha devuelto Vance el dinero, le voy a organizar un escándalo tal, que los gritos se oirán al otro lado del Canal de la Mancha.

—Recuerde a su madre —dijo Talbot sonriendo.

—No me olvido de ese paquidermo. Pero ella no me conoce bien todavía, ni sabe de qué soy capaz cuando estoy enfadada.

De pronto, Gail sonrió y avanzó insinuante hacia el joven.

—Y tú tampoco sabes de qué soy capaz cuando me encuentro con un hombre que me gusta —dijo.

Gail era una mujer muy hermosa, pero Talbot tenía otros planes en aquellos momentos y emprendió una prudente retirada. —Tengo trabajo— se excusó.

Cuando salió a la calle, llovía, pero él notó que la cara le ardía. —Vaya una prójima— masculló.

El hombre trató de hacer memoria, después de que Talbot le hiciera determinada pregunta.

—Sí, recuerdo perfectamente al señor Mowerton... —dijo el conserje del edificio—. Alquiló el despacho 5 E de la cuarta planta, pero sólo estuvo un mes. Y aun de todo este tiempo, apenas si acudió unos cuantos días. Luego canceló el contrato y se marchó.

—Después, se estableció la firma Hancock.

—Exactamente, señor. Es una firma muy reputada y con numerosa clientela, cosa que no se puede decir del abogado Mowerton. Claro que estuvo muy poco tiempo, pero, a pesar de todo, cuando un abogado quiere trabajar de veras, no le falta clientela.

—Ya —dijo Talbot—. Amigo mío, ¿sabe si el señor Mowerton dejó alguna dirección cuando se marchó?

—No, señor, lo siento.

Talbot contuvo un gesto de contrariedad.

—Es una lástima —murmuró—. Pero quizá usted pueda describir su aspecto físico.

—Oh, sí, señor. Eso desde luego. Era de mediana estatura, gordito, de cara muy sonrosada... Bastante simpático, se lo aseguro.

Talbot pensó inmediatamente en la descripción que Bertrán de Silva, el espadero toledano, le había hecho del comprador de la espada número cuatrocientos treinta y tres. ¿No cuadraba aquella descripción exactamente con Holton McClure?

Metió la mano en el bolsillo, sacó dos billetes de una libra y se los dio al servicial conserje. El hombre hizo una profunda reverencia.

—Muchas gracias, caballero.

—A usted —se despidió Talbot.

Regresó a su casa y se sentó en el diván. A su alcance tenía el sobre con las fotografías y el falso testamento. Maquinalmente, extrajo las fotografías y el documento. El sobre, de papel muy grueso, quedó a un lado.

Durante largo rato estuvo contemplando las fotografías de lo que no era sino un decorado cinematográfico. Pero había sido suficiente para engañar a Cindy. ¿Cómo había podido dejarse caer en una trampa tan burda?, se preguntó.

Abstraído en sus reflexiones, no se dio cuenta de que había

alguien más en la estancia. De pronto, percibió un jadeo.

Empezó a volverse. En el mismo instante, sintió un terrible golpe en el lado izquierdo de la cabeza.

Cayó al suelo, sin perder el conocimiento por completo. Vagamente, se dio cuenta de los movimientos de su atacante. Como a través de una niebla muy espesa, lo vio inclinarse hacia él, para repetir el golpe.

Entonces, inesperadamente, sonó el timbre de la puerta.

CAPÍTULO XI

Talbot sentía un horrible dolor de cabeza. Quiso levantarse, pero las fuerzas le fallaron. A pesar de todo, hizo un movimiento con los brazos para protegerse de un nuevo golpe.

De pronto, oyó un ruido extraño y el grito de sorpresa de una mujer que era violentamente lanzada hacia adelante. Luego captó el sonido de una puerta que se cerraba de golpe.

Desde el suelo, Pamela vio a Talbot también caído y volvió a gritar.

—¡Cliff!

La joven se hallaba en buenas condiciones, ya que no había sufrido otro daño que el propio de un formidable empujón. Levantándose de un salto, corrió hacia el joven.

—Traiga una toalla... mojada... —pidió Talbot.

—Sí, ahora mismo, Cliff.

La frialdad de la prenda empapada alivió un poco el dolor que sentía. Con la toalla en torno a la cabeza, Talbot, recostado en el diván, dejó pasar algunos minutos, mientras oía a la muchacha trastear por el interior de la casa.

Pamela vino a poco con café y analgésicos. Talbot empezó a recuperarse.

—Bueno, parece que nos hemos librado por los pelos de una buena —comentó él, cuando se encontró un poco mejor.

La joven estaba sentada en una silla, con las rodillas muy juntas.

—Ese hombre iba a matarle —dijo.

—¿Qué es lo que vio usted?

—Nada. Llamé, la puerta se abrió y alguien me dio un tremendo empujón. Cuando quise darme cuenta, el sujeto se había ido ya. Usted estaba en el suelo y me pareció lo más conveniente ocuparme de atenderle.

—Gracias. Sí, creo que iba a matarme. Se disponía a repetir el

golpe, cuando usted llamó. De modo, Pam, que me ha salvado la vida.

Talbot tomó una segunda taza de café y se quitó la toalla de la cabeza. Con la mano se tocó el lugar donde había recibido el golpe.

—Supo pegar —dijo.

—Cliff, ¿qué es o qué ha conseguido usted?

—Es bien sencillo; ahora ya sabemos que Mowerton no ha sido jamás una persona real. El papel de Mowerton fue desempeñado por Holton McClure.

—¡El comprador de la espada!

—Exactamente. La descripción que nos facilitó De Silva y la del conserje del edificio donde Mowerton tenía su bufete, concuerdan absolutamente.

—Pero, entonces, ¿por qué lo mataron?

—Es bien sencillo: por haber comprado una espada... y por haber tomado parte en una comedia, destinada a engañar a una pobre chica, que se creyó el cuento de un tío Silas muy rico.

De pronto, Talbot reparó en que faltaba algo. Pamela vio su gesto de sorpresa y se sintió muy intrigada.

—¿Qué sucede, Cliff? —inquirió.

Talbot se inclinó y recogió del suelo el grueso sobre que había contenido el testamento y las fotografías.

—Está vacío —dijo.

—De modo que ese hombre se llevó...

—Sí, eran cosas que podían comprometerle. Recuerdo que yo estaba examinando el contenido del sobre cuando noté que había alguien en la casa. Pero no tuve tiempo de reaccionar y recibí el primer golpe.

—Si supiéramos qué es lo que contiene el sobre que me robaron...

Talbot agitó el que tenía en las manos y que era de notables dimensiones, lo suficiente para contener unas cuantas hojas de papel, sin necesidad de doblarlas.

—Aquí tenemos uno, pero vacío —exclamó, con amargo humorismo.

De pronto, Pamela alargó su mano.

—Démelo —pidió.

—Ahí tiene, puede quedárselo como recuerdo...

—No sea irónico. Cuando lo movía, usted lo puso delante de la lámpara. Cliff, yo había oído referente a las maletas, pero jamás había visto un sobre con doble fondo.

—¿Cómo? —Respingó él.

—Aguarde un momento.

Pamela buscó su bolso, del que extrajo una lima para uñas. Luego, con infinito cuidado, despegó una esquina del reverso. Lleno de asombro, Talbot vio asomar un trocito de papel blanco.

El reverso del sobre estaba compuesto por dos hojas de papel fuerte, del mismo color. Pamela terminó de despegar la capa exterior. Dos hojas de papel revolotearon por el aire, junto con un trozo de cartulina, del tamaño de una tarjeta de visita.

Talbot se olvidó del dolor que aún sentía en la cabeza y recogió los papeles. Después de una rápida lectura, se los entregó a la muchacha.

—Lea y asómbrese —dijo.

Pamela obedeció. Al terminar, se miraron recíprocamente.

—Parece que esto lo aclara todo —dijo ella.

—«Casi» todo —corrigió Talbot—. Pero aguarde, todavía hay una nota que escribió Cindy antes de morir. Lea la tarjeta.

Pamela lo hizo en voz alta:

—«Cliff, si me sucede algo, cuídate de la niña. Está interna en el Warburton College, 188 West Road, East Grinstead».

Talbot blandió los papeles que habían aparecido en el sobre.

—Y aquí tenemos sendos certificados; uno de matrimonio con Fred Stall-Brown y otro de nacimiento de la niña, a la que impuso el nombre de Catherine.

—De modo que eso es lo que buscaban los Stall-Brown.

—Sí. Fred ha muerto y Cindy también. Por tanto, queda la niña, que es la auténtica heredera de Grofferty Manor.

—Entonces, el sobre que se llevaron de mi tienda...

—Es posible que Cindy presintiera algo y fue algún día a llevárselo, dejando otro en su lugar, con unos papeles en blanco. De modo que el que contrató a Peter Bow, perdió el tiempo.

—Pero a usted le habló de tío Silas. También mencionó a Grofferty Manor. Por tanto, tenía que saber que tío Silas no era sino una invención. ¿Cómo se entiende esto, Cliff?

Talbot meditó unos momentos.

—No lo sé, no acabo de comprenderlo del todo. A menos que hablase de su tío Silas como una especie de tapadera para encubrir la realidad...

—El testamento menciona a Silas Rawson, Cliff —le recordó Pamela.

—Bueno, pero también dice que había comprado Grofferty Manor y que ahora pertenecía a su heredera. Cindy tenía que saber que su esposo había muerto, pero quizá no llegó a saber que era el heredero de los bienes de su difunto padre. Tal vez Fred no le mencionó nada; cuando yo la conocí, por primera vez, ella ya se había casado y enviudado, y la niña había nacido. Pero a mí jamás me dijo nada al respecto. ¿Sabe lo que estoy pensando, Pam?

—Dígamelo, Cliff —sonrió la muchacha.

—Para mí fue una boda de «flechazo», esto es, amor a primera vista. La pasión duró muy poco y acabaron por separarse. Tenemos un certificado de matrimonio, en efecto, pero ¿sabemos si se divorciaron?

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Ella hubiera perdido los derechos a la herencia.

—Pero la niña los tendría todos, Pamela.

—Eso es verdad, Catherine sigue siendo la heredera. ¡Cliff —gritó Pamela repentinamente—, la niña puede hallarse en peligro!

Talbot levantó una mano.

—Sabemos dónde está —dijo—. Vamos a comprobarlo.

Momentos después, tenía el teléfono junto a la oreja:

—Señorita, quiero hacer una llamada al Warburton College, 188 West Road, East Grinstead... Sí, muchas gracias, esperaré.

Transcurrieron un par de minutos. De pronto, Talbot oyó una voz al otro lado del hilo:

—Warburton College, secretaría. ¿En qué podemos servirle?

—Señora, soy el tutor de la niña Catherine Stall-Brown. Acabo de recibir el nombramiento y quería saber cómo se encuentra.

—Ah, Katie..., perdón, aquí la llamamos así... La niña está perfectamente, muy inteligente y despejada y con excelentes notas en sus estudios, a pesar de su corta edad.

¿Cuándo vendrá a verla, señor...?

—Talbot, señora. Iré a verla el próximo sábado, si se me permite

la visita.

—Por supuesto, pero traiga documentos que acrediten su personalidad.

—Así lo haré. Muchas gracias, señora.

Talbot colgó el teléfono y se volvió hacia la muchacha.

—Bien, ya sabemos que Katie existe y que se encuentra estupendamente. Por ese lado, pues, debemos dejarnos de preocupaciones.

—Pero ellos pueden...

—Ignoran dónde está o ya habrían ido a buscarla. Permítame, tengo que hacer otra llamada.

Talbot tuvo que buscar en la guía. Al fin, dio con el número deseado.

—Hola, Cliff —dijo Gail Kabe—. Me pilla a tiempo; iba a salir en este mismo momento. ¿Qué le sucede?

—Quiero hacerle una pregunta, por favor. Dígame, Gail, ¿estuvo usted el año pasado en España?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Fue acompañada de Holton McClure?

—Cliff, ¿qué demonios sucede? Yo no tengo nada que ver con su muerte —protestó Gail casi enfurecida.

—Nadie la acusa de ello —contestó el joven—. Lo único que quería era confirmar ese viaje, porque McClure compró una espada. ¿Lo recuerda?

—Sí, era muy bonita y costó un ojo de la cara.

—¿A quién le costó ese ojo, Gail?

—Soy tonta —rezongó la mujer.

Talbot se echó a reír, al comprender el significado de la respuesta.

—Gracias, Gail. Oiga, no se preocupe de nada; este asunto no va contra usted. Buenas noches —se despidió.

Colgó el teléfono y se volvió hacia Pamela.

—Las cosas están más claras por momentos —dijo—. Y ahora ya me encuentro en condiciones de afirmar a quién pertenecen los huesos que encontré en el cuarto secreto de Grofferty Manor.

Ella le miró intensamente. Talbot asintió:

—Sí, es el esqueleto de Fred Stall-Brown.

Pamela se puso una mano en la boca.

—Le mataron sus propios...

—Madre e hijo han demostrado ser capaces de los peores crímenes, pero eso es algo que ya toca a su fin —dijo Talbot—. Pamela, ¿se siente con ánimos de hacer una excursión a Wesley primero y luego a Grofferty Manor?

—Tengo mucho miedo... pero iré —contestó la muchacha.

Dean Johnson, encargado del registro de la propiedad, dio muy valiosos informes sobre Grofferty Manor.

—Usted no me lo preguntó en la otra ocasión y yo no se lo dije, porque supuse que no le interesaría. Pero hay una sociedad que quiere comprar los terrenos del Manor. Creo que piensan instalar una fábrica de no sé qué... Algo que necesita un lugar tranquilo y atmósfera limpia.

—Sí, para contaminarla —rió Talbot—. Pero los terrenos no son muy extensos...

—En eso se equivoca usted —corrigió Johnson—. Usted piensa en el parque que rodea ese viejo caserón, pero la propiedad comprende casi mil hectáreas de tierras, todas en un solo trozo y contiguas al parque.

Particularmente sé que la sociedad ofrece doscientas mil libras esterlinas, pero están dispuestos a pagar cincuenta mil más, si el propietario se resiste.

—Un cuarto de millón —se asombró Pamela.

—Eso justifica todo lo que ha pasado hasta ahora, ¿no cree? —dijo Talbot—. Señor Johnson, ¿qué noticias tiene usted de Fred Stall-Brown?

—Desapareció, ya se lo dije. Muy pronto se instará la declaración de muerte legal...

—Pero ¿no hay en Wesley nadie que sepa decimos dónde se encuentra?

Johnson se encogió de hombros.

—Tal vez Harriet Horstow, el ama de llaves del Manor, cuando éste estaba habitado, pero se marchó de Wesley hará tres o cuatro años y nadie sabe adonde se fue. Harriet apreciaba mucho a Fred; era una mujer ya madura y casi lo había visto hacer. Fuera de ella, nadie podría darles informes de Fred.

Talbot hizo un gesto con la cabeza.

—Muy amable, señor Johnson. Aunque no puedo invitarle

personalmente, porque tenemos algo de prisa, me gustaría que se tomase unas cervezas a nuestra salud Ha sido usted muy amable y se lo agradecemos sinceramente.

Talbot puso en las manos del empleado dos billetes de una libra. Luego agarró a la muchacha por un brazo y se la llevó a la calle.

—Bien, el Manor nos aguarda —dijo—. ¿Dispuesta, Pam?

Ella hizo una profunda inspiración.

—Dispuesta, Cliff —respondió.

CAPÍTULO XII

Al llegar junto a la verja del jardín, percibieron el olor a humedad y hojas muertas que invadía el ambiente. El aspecto del Manor no había variado en absoluto.

Nadie se había preocupado de arreglar la puerta caída el primer día. Todo seguía igual de descuidado y abandonado.

Cuando llegaban a las inmediaciones del caserón, varios cuervos salieron chillando a través de una ventana en la que faltaban casi todos los cristales. Pamela se apretó instintivamente contra el cuerpo del joven.

—Cuervos y ratas —dijo él—. Bonita combinación, ¿verdad?

—Por favor, no sea siniestro —rogó Pamela.

Alcanzaron el vestíbulo. Una tabla crujió alarmantemente bajo sus pies. Pamela sintió un escalofrío.

—Cliff, ¿qué es lo que espera encontrar usted? —preguntó.

—Tenga un poco de calma, se lo ruego.

Talbot avanzó hacia la destrozada puerta del sótano. Varias ratas huyeron, lanzando chillidos de protesta. Pamela le siguió a corta distancia.

De pronto, se oyó fuera el ruido de un motor de automóvil.

—¡Viene alguien, Cliff! —exclamó Pamela.

Talbot miró a su alrededor. Vio una puerta a poca distancia y agarró la mano de la muchacha.

—Aquí —dijo.

Abrió. Era un armario ropero en el que todavía había algunos colgadores, con ropas que se caían a jiroñes. Talbot divisó un par de trajes de mujer, de color gris oscuro, con vivos que habían sido blancos y ya amarilleaban. Aquellos vestidos le hicieron fruncir el ceño.

—Entre, Pam.

La muchacha se metió en el ropero. Talbot dejó la puerta

entreabierta, una rendija de un par de dedos, suficiente, sin embargo, para dominar la mayor parte del vestíbulo. De pronto, oyeron pasos.

Un hombre alto, bien parecido, de unos treinta y dos años, se detuvo en el umbral y contempló el edificio con el ceño fruncido. Al cabo de unos segundos, consultó la hora en su reloj de pulsera. Luego, con cierto aire de impaciencia, encendió un cigarrillo.

Pasaron algunos minutos. El desconocido volvió a mirar la hora. Tiró el cigarrillo, aplastó la colilla con el tacón de zapato y empezó a pasearse. Pero sus paseos no duraron mucho.

Un automóvil remontó el sendero circular y se detuvo frente a la casa. Fuera sonó un agudo grito de mujer:

—¡Fred!

Pamela se sobresaltó. Talbot agarró su mano.

—No grite —aconsejó en voz baja.

—¡Dios mío! —murmuró ella—. Fred vive... pero, entonces, ¿de quién es el otro esqueleto?

Talbot no contestó. Voces destempladas se oían en el vestíbulo.

—¿Qué es lo que han venido a hacer aquí? —preguntó Fred.

—No creo que eso te interese mucho —respondió Edna agriamente—. ¿Dónde has estado todo este tiempo...?

—En el extranjero. He vuelto para vender la propiedad. No seguiré por más tiempo en Inglaterra, descuiden.

—Vender la propiedad —dijo Vance desmadejadamente.

—Así es. Me pertenece, puedo hacer con ella lo que quiera.

—Y nosotros que habíamos pensado... Madre, ¿qué diablos hacemos ahora?

Edna reflexionó rápidamente.

—Íbamos a solicitar la declaración de muerte legal de Fred —contestó—. Tendremos que seguir adelante con el negocio.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Fred.

—Es bien sencillo: tendremos que matarte.

Fred Stall-Brown retrocedió un paso.

—Está loca. Siempre lo estuvo; fue una demente con delirios de grandeza... Mi padre llegó a conocerla bien, demasiado tarde para unas cosas, pero lo suficientemente temprano como para no dejarle en el testamento salvo lo estrictamente legal. Grofferty Manor me pertenece, tengo una magnífica oferta y pienso venderlo.

Fred movió la mano en semicírculo.

—Había cuadros, muebles, objetos de valor... Mientras yo estaba en Australia, ustedes malvendieron todo, porque a usted, Edna, le gustó vivir siempre en grande, sin tener medios para ello. Y ahora dicen que me van a matar... ¿Por qué?

—Ellos también tienen una oferta —dijo Talbot repentinamente.

Fred se volvió en el acto, tremendamente sorprendido de ver a dos desconocidos en la casa.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

—Ella es Pamela Christopher. Yo me llamo Cliff Talbot. Ayer, su hermanastro me atacó y quiso asesinarme, aunque, por fortuna, no pudo conseguirlo. ¿No es verdad, Vance?

El aludido se irguió.

—No sé de qué me está hablando —contestó.

—Yo se lo diré bien ciato, pero antes quiero que Fred me conteste a una pregunta. Fred, ¿le habló usted alguna vez a Cindy Potter del Manor?

—No, nunca... Hubiera tenido que traerla aquí y habría visto un caserón deshabitado, desvalijado por completo... Ella habría pensado que yo tenía manías de grandeza...

Cuando nos conocimos, esa pareja que tengo frente a mí ya había saqueado la casa.

—Es decir, usted conoció a Cindy después de su vuelta de Australia.

—Sí, pero el matrimonio se deshizo, porque ella no quería abandonar Inglaterra. En Australia obtuve el divorcio, aunque no me he casado de nuevo. Pero, dígame, ¿por qué me pregunta todo esto, señor Talbot?

Le diré, Fred. Cindy murió asesinada en esta misma casa. Yo encontré su esqueleto, tras haber sido devorada por las ratas.

Los ojos de Fred se abrieron de horror.

—No... no es posible...

—Sí, lo es. Y todavía hay más. Esa pareja, es decir, su madrastra y su hermanastro, han cometido otros crímenes. Por ejemplo, un tal McLean, joyero, muerto de una puñalada, pero no por lo que pensábamos, un medallón que Cindy llevaba constantemente, sino porque era también un prestamista y les apremiaba para que le devolviesen el dinero que les había prestado mucho tiempo atrás,

con altos intereses, por supuesto. Dio la casualidad de que MacLean hubiera hecho el medallón, lo que, en un principio, pudo engañarme al respecto. Pero su muerte no tenía nada que ver con esa joya. ¿Me equivoco, señora?

Edna irguió el busto.

—¿Podría probarlo? —preguntó, retadora.

—A McClure también lo mataron de una puñalada, como a Gloria Arvidson. Pero las muertes de los dos tenían distintas motivaciones. McClure había comprado una espada española, de la que se encaprichó Vance. Cuando leyó la noticia de que Cindy había muerto atravesada por esa espada, pensó en sacarles dinero, mediante un chantaje. Eso fue su sentencia de muerte.

»En cambio, Gloria murió por un motivo muy distinto. Usted, señora, no quería que Vance se acercara a esa joven. En realidad, era una madre absorbente, a la que la sola idea de que su hijo pudiera dejarla algún día por otra mujer, se le hacía insoportable. Por eso la mató... de una puñalada, certera, infalible, como a MacLean y a McClure.

Fred se sentía espantado.

—¿Eso ha hecho... esta mujer?

—Sí —confirmó Talbot, implacable—. A Cindy, sin embargo, no la mató porque Vance merodease a su alrededor. Sabía que se había casado con usted y que, si se conseguía la declaración de su muerte legal, ella sería la heredera y se convertiría en la propietaria del Manor. Cindy desconocía este detalle; por eso creyó fácilmente el cuento de la herencia, mediante el cual vino aquí, para morir atravesada por una espada española y luego ser devorado su cuerpo por las ratas. Les había costado mucho saber que Cindy había sido su esposa; en cambio, ignoraron siempre, como yo, que ya se había disuelto el matrimonio. Y también ignoraron algo que, de haberlo sabido, les hubiera hecho renunciar al crimen. O quizá les habría impulsado a cometer dos crímenes en lugar de uno. Mataron a la madre y también hubieran matado a la hija, si hubiesen sabido de su existencia.

—¡Una hija! —gritó Edna.

—Sí. Cindy desconfiaba ya de ustedes y no querían que supieran que tenía una niña, hija de Fred. Temía por ella y por eso dejó unos documentos que, si primero guardó en la caja fuerte de la tienda,

más tarde recogió y escondió en otra parte. A ustedes no les convenía que apareciese el certificado de matrimonio con Fred. Ella fue lista hasta cierto punto, pero se dejó deslumbrar con la historia de la herencia. Por eso se dejó traer al Manor, en donde usted, señora, la atravesó con la espada, dejándola clavada a la pared del armario donde yo encontré sus huesos.

—¿Eso hizo? —preguntó Fred.

Sí. ¿Cuánto le ofrecen a usted por los terrenos?

—Trescientas mil, pero pienso sacarles cincuenta o sesenta mil más.

—Ellos están en tratos con otra sociedad, que sólo ofrece doscientos mil. Están arruinados: Vance debía dinero a todo el mundo: a Gloria Arvidson, a Gail Kabe... y quién sabe cuántas más personas. Es posible, incluso, que todavía deban el dinero que debía cobrar el supuesto chófer de tío Silas.

Vance estaba palidísimo. En los ojos de Edna, de ordinario duros y orgullosos, había ahora una llama de odio infinito.

—Cindy debió de tener un romance con Peter Bow, quien, así se enteró de la existencia de cierto sobre. Ustedes le convencieron para que lo robara, pero en lugar de pagarle con dinero, le pagaron con dos tiros en la cabeza. Esto fue cosa suya, Vance, en tanto que los otros crímenes fueron cometidos por su madre. Edna tiene pulso firme y una gran fuerza muscular. Eso explica lo certero de sus puñaladas —dijo Talbot acusadoramente.

—No puedo creerlo —murmuró Fred, terriblemente impresionado—. Tantas muertes...

—Porque estaban en la ruina y la solución a sus problemas estribaba en conseguir la declaración de muerte legal del auténtico dueño del Manor. Creyeron que con Cindy muerta, se habrían solucionado todos sus problemas, pero hubieran perdido de todos modos. Katie habría sido reconocida como heredera, de modo que no habrían ganado nada. Es más, el cinco por ciento de las acciones de la editorial está hipotecado también.

Me lo ha dicho Robinson, el editor. ¿Lo admite usted, señora?

Fred dio un paso hacia adelante.

—Señor Talbot, ¿dónde está mi hija? —preguntó.

—Aguarde un poco, se lo diré en seguida. Antes quiero que me responda a una pregunta. ¿Cómo era Harriet, el ama de llaves?

—Pues... una mujer muy simpática, amable, cariñosa...

—Yo me refiero a su aspecto personal, Fred.

—Oh, era una mujer muy alta, casi tanto como yo. Pero ¿qué tiene eso que ver con...?

—Seguramente, hace años, Harriet debió de protestar por el saqueo del Manor. Alguien le golpeó en la cabeza con una barra de hierro y dejó su cuerpo en un cuarto secreto, donde también fue devorada por las ratas. A decir verdad, en un principio, llegué a creer que ese esqueleto era el suyo, Fred; pero después de ver los uniformes que ella usaba, todavía en el ropero, me he convencido de que esos restos son los del ama de llaves. Edna, usted es una mujer muy fuerte. Seguro que le bastó con un solo golpe con la barra de hierro, ¿verdad?

Los ojos de la mujer despedían chispas de fuego.

—Usted no estaría vivo ahora si hubiese ido yo, en lugar de este inútil que tengo al lado —contestó.

—Sí, tuve suerte —convino sonriendo.

—Pero ahora estamos solos —exclamó Edna de repente—. Nadie, sino usted, sabe cómo se llega al cuarto secreto. Y allí es donde irán a parar los tres...

Tenía la mano en el bolso y la sacó, armada con una pistola.

—Esto es más rápido que el puñal —agregó.

Talbot presintió lo que iba a suceder y se anticipó a la acción de la mujer, golpeándole fuertemente en el brazo, para desviar el arma. Pero el golpe provocó la contracción de los dedos de la mano.

Se oyó un seco disparo. Vance lanzó un horripilante alarido, a la vez que se llevaba las manos al rostro. Edna le miraba atónita, como incapaz de creer lo que sucedía.

Vance se desplomó al suelo. La sangre brotaba a chorros de su boca. Pamela apartó la vista. El espectáculo de un hombre que agonizaba era horripilante.

Fred se apoderó del arma. Edna parecía petrificada, convertida en una estatua.

De repente, lanzando un estridente alarido, echó a correr. Dos policías uniformados le cerraron el paso. El inspector Brownell apareció a continuación.

—Tuvimos un reventón en el camino —explicó, para justificar su retraso.

—Es lo mismo, ya han llegado —sonrió Talbot.

Edna se había desmayado. Fred entregó la pistola al policía.

—Cuando se ponga en contacto con Scotland Yard, encontrarán que las balas que mataron a Peter Bow salieron de esta pistola —dijo el joven.

El bolso de Edna estaba en el suelo. Talbot se inclinó y sacó un agudo estilete.

—Al menos, sirvió para matar a Gloria Arvidson —agregó.

Brownell asintió pensativamente.

—La declararán demente —vaticinó.

—Sí, seguramente, le resultará imposible soportar la idea de que ella misma fue la que mató a su propio hijo —convino Talbot.

Un coche se detuvo frente a la casa. Fred se acercó a la entrada.

—Vienen los compradores de la propiedad —dijo—. Cliff, ¿dónde está la niña?

Talbot le entregó los documentos.

—Ahí lo dice todo —contestó.

Fred vaciló un momento.

—Me gustaría saber una cosa, Cliff. ¿Qué fue Cindy para usted?

—Una buena amiga —respondió el joven sin vacilar.

Fred hizo un gesto de asentimiento. Luego cruzó la puerta, para salir al encuentro de unos hombres de negocios que se sentían enormemente asombrados por ver el lugar invadido de policías.

Talbot agarró la mano de Pamela y se la llevó fuera.

—A nosotros nos queda ya muy poco que hacer —dijo.

—Sí —sonrió la muchacha—. Esta pesadilla, creo, ya se ha terminado. Pero hay algo que no acabo de comprender.

—Dime, Pam.

—¿Por qué dejaron el cuerpo de Cindy tanto tiempo?

—Estimaban que lo tenían de sobra, hasta tanto pudieran conseguir la declaración de muerte legal de Fred... y, de paso, se aseguraban de que las ratas tenían su festín.

—¿Y la espada?

—Quizá en aquel momento no tenían otra cosa a mano. Recuerda lo que hacía Vance: era decorador. Tal vez la tenía en el maletero del coche y Edna decidió utilizarla.

Pamela suspiró:

Tendré que hablar con Fred —dijo—. A fin de cuentas, la mitad

del negocio pertenece ahora a su hija.

—Bueno, los asuntos de negocios pueden esperar. Hay cosas más importantes que discutir, Pam.

—¿Cuáles? —preguntó ella.

—¿Cuánto tiempo piensas permanecer soltera?

—Oh, no sé, hasta que encuentre a un hombre que me guste...

—Quizá lo has encontrado ya, Pam —dijo él firmemente.

FIN

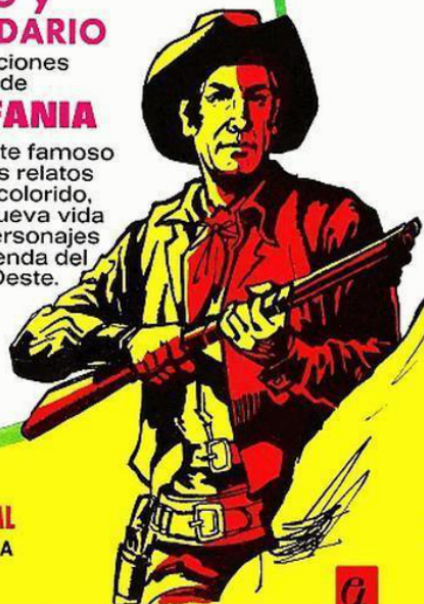
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

